

**Universidad Andina Simón Bolívar**

**Sede Ecuador**

**Área de Letras y Estudios Culturales**

Programa de Maestría en Estudios de la Cultura

Mención en Literatura Hispanoamericana

**Alfaro de novela: historia y memoria en la literatura  
ecuatoriana reciente**

María Gabriela Chauvin Ochoa

**Quito, 2017**



## Cláusula de cesión de derecho de publicación de tesis

Yo, María Gabriela Chauvin Ochoa, autora de la tesis intitulada **Alfaro de novela: historia y memoria en la narrativa ecuatoriana reciente**, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura Mención Literatura Hispanoamericana en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en Internet.

2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.

3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo en formato impreso y digital o electrónico.

Fecha: 3 de febrero de 2017.

Firma:



**Universidad Andina Simón Bolívar**

**Sede Ecuador**

**Área de Letras**

Maestría en Estudios de la Cultura  
Mención en Literatura Hispanoamericana

**Alfaro de novela:  
historia y memoria en la literatura ecuatoriana reciente**

Autora: Gabriela Chauvin

Tutor: Santiago Cevallos

Quito, 2017

## Resumen

El siguiente trabajo da cuenta de las características –en cuanto a reorganización histórica y memoria colectiva– de tres novelas ecuatorianas cuya narración se construye alrededor de Eloy Alfaro, uno de los líderes principales de la Revolución liberal en Ecuador. Las novelas que se estudian son *Rolando* (2006, primera parte de *Crónicas del breve reino*), de Santiago Páez Gallegos; *Códice del General* (2009), de Gino Martini Robles; y *Alfaro en la sombra* (2012), de Gonzalo Ortiz Crespo. El propósito de dar cuenta de estas características es indagar los posibles sentidos que se atribuyen al pasado en la narrativa histórica ecuatoriana reciente.

Con el objetivo elaborar un panorama estructurado de dichas características, se utiliza tres parámetros comparativos: la reelaboración del pasado a partir de la conciencia histórica en los personajes de las obras; la reproducción de discursos históricos en la escritura literaria del pasado; y los hitos emocionales en torno de los cuales los personajes organizan su memoria colectiva. Estos parámetros surgen de los estudios sobre la percepción del tiempo en la escritura de la historia propuestos por el investigador francés Jacques Le Goff y, de manera complementaria, de los planteamientos del filósofo e historiador estadounidense Hyden White. Se trabaja también con el concepto de doxa del sociólogo francés Pierre Bourdieu.

Se espera que esta investigación sea de utilidad para quienes tengan interés en la escritura de literatura histórica y en los estudios de narrativa ecuatoriana publicada entre 2006 y 2012. Este trabajo no se interesa en la correspondencia de los hechos o datos históricos con los novelados, puesto que no se trata de un estudio de historia a partir de las novelas, sino de un estudio de las novelas por sí mismas, en su dimensión literaria. Algunas conclusiones del trabajo aluden a que escribir novela histórica es un reto que implica, paradójicamente, desdeñar la razón histórica para supeditarla a la libertad creadora.

**Descriptor:** literatura comparada; novela histórica ecuatoriana; reelaboración del pasado; discurso histórico en literatura; memoria colectiva.

*Gracias a Fernando Bustamante, Pablo Medina,*

*Fernando Albán, Carlos Aulestia y Santiago Cevallos*

*A David Vaca*

## Tabla de contenidos

Capítulo 1.	Perspectivas para estudiar la novela histórica.....	8
Capítulo 2.	Reelaboración del pasado colectivo	
	Percepción del tiempo en las sociedades.....	11
	La “cuota de innovación” en la periodización histórica.....	19
Capítulo 3.	Discurso histórico en literatura	
	Doxa y heterodoxia.....	24
	Iconografía del héroe.....	31
Capítulo 4.	Memoria colectiva	
	Las huellas del pasado en oposición a los relatos del pasado.....	37
	La memoria en los personajes.....	41
Capítulo 5.	Pese a todo, destino.....	46
Bibliografía	.....	55

## Capítulo 1

### Perspectivas para estudiar la novela histórica

¿Por qué o para qué se novelan hechos históricos? De modo muy general, en principio se podría suponer que la literatura es adecuada para complementar los acontecimientos que la historia describe. Por ejemplo, mediante una narración literaria de la historia, se podría conocer el lado “humano” de los héroes, incluso sus pensamientos íntimos y la intimidad de quienes los rodearon. Una novela histórica podría constituirse en un puente hacia lo que se considera inaccesible en los personajes y capítulos de lo que conforma aquello que se denomina “la historia verdadera” o “la historia de un pueblo”. Sin embargo, no es posible conocer en su totalidad –mediante una narración literaria y quizá tampoco a través de ningún otro medio– los pensamientos íntimos de un héroe ni de un personaje público famoso; una novela histórica solamente puede dar una idea bastante aproximada, pero no exacta, de lo que aquello pudo ser.

También se podría suponer que novelando la historia es posible inflamar el espíritu de un conglomerado, la identidad nacional o el orgullo patrio. Pero aunque existan grandes narrativas (la epopeya, por citar un caso) acerca de las acciones virtuosas o trascendentes dignas de ser recordadas como modelo u orgullo de una sociedad, no se puede decir que “lo digno de ser recordado” no pueda cambiar con el paso del tiempo. Una tercera respuesta podría ser que se novelan hechos históricos para hacerlos útiles a las instancias de poder, es decir, para que una instancia de poder utilice una obra literaria adaptando los sentidos de la historia según su necesidad.

Aunque si bien podría conllevar largas diatribas, la reflexión sobre por qué o para qué se novelan hechos históricos es pertinente como punto de partida para el siguiente trabajo porque se necesita establecer, para abordar las novelas de estudio seleccionadas, categorías de análisis comunes y comparables entre ellas. Esta tesis no pretende descubrir los pensamientos íntimos de los personajes protagonistas descritos en las obras y compararlos entre sí; no se propone estudiar textos literarios en función de un posible uso del discurso histórico introducido en ellos por parte de alguna instancia de poder ni tampoco pretende estudiar las novelas históricas desde la



perspectiva de la recepción. El objetivo del siguiente trabajo es determinar las particularidades de la reorganización histórica y la conformación de la memoria colectiva en la narrativa histórica ecuatoriana reciente.<sup>1</sup> Y para ello, las categorías de análisis necesarias son aquellas que posibiliten el estudio de la construcción del pasado así como los posibles sentidos que hoy se atribuye a dicho pasado.

Las novelas seleccionadas para el estudio son *Rolando* (2006), primera parte de la tetralogía *Crónicas del breve reino*, de Santiago Páez; *Códice del General* (2009), autoría de Gino Martini; y *Alfaro en la sombra* (2012), de Gonzalo Ortiz. Las tres se ambientan en la época de la Revolución liberal<sup>2</sup> en Ecuador y giran en torno a Eloy Alfaro.<sup>3</sup> Pese a ser publicadas en una misma década y referirse a un mismo período histórico, las tres obras presentan perspectivas diferentes en cuanto a la reelaboración del pasado y su principal figura política. Incluso las sociedades retratadas son distintas. Se escogieron las novelas de Páez, Martini y Ortiz para indagar cuáles son estas características diferenciadoras e interpretarlas en cuanto su reconstrucción del pasado colectivo.

De acuerdo con algunas reflexiones del investigador francés Jacques Le Goff sobre la percepción del tiempo en la escritura de la historia y con algunas propuestas del filósofo e investigador estadounidense Hyden White,<sup>4</sup> es posible establecer tres premisas para abordar la narrativa histórica. La primera es que la concepción del tiempo –del pasado, presente y futuro– no es la misma en todas las épocas y ello deriva en que la narrativa histórica responde al sentido que una colectividad da a su pasado. En el caso de este trabajo, se pretende esbozar los sentidos literarios del pasado colectivo que la sociedad ecuatoriana otorga a un específico momento de su historia nacional, la Revolución liberal.

La segunda premisa se relaciona con que el pasado solo puede escribirse en un presente y por ende el pasado que se narra es variable en función de cuánto varíe el

---

<sup>1</sup> Las novelas de estudio seleccionadas fueron publicadas entre 2006 y 2012.

<sup>2</sup> La fecha que se considera como el inicio de la Revolución liberal es el 5 de junio de 1895. Su fase radical, a decir del historiador Juan Paz y Miño (2012), duró hasta 1912, con el episodio conocido como la “hoguera bárbara”, cuando se asesinó a Eloy Alfaro y sus compañeros en la cárcel de Quito, y posteriormente se quemaron sus cuerpos en el parque El Ejido. La fase menos radical de esta Revolución, que también se conoce como la guerra civil ecuatoriana, duró hasta 1924.

<sup>3</sup> General Eloy Alfaro Delgado (1842-1912). Líder de la Revolución liberal en Ecuador. Jefe de Estado en dos períodos (1897-1901 y 1906-1911). Separó a la Iglesia católica de la administración del Estado y promovió la educación laica. Construyó el primer ferrocarril entre Quito y Guayaquil (la capital y su puerto más importante en ese entonces). Murió asesinado, como se señala en la nota anterior.

<sup>4</sup> Ver Le Goff (1991a y 1991b) y White (2003).

contexto del presente. Siguiendo este parámetro, el estudio de las tres obras seleccionadas permite distinguir algunos intereses contemporáneos en cuanto a qué es lo que se prefiere reivindicar del pasado en la reescritura literaria del mismo. Ello da la pauta para definir diferentes formas de reorganización histórica en las novelas, a través de las cuales se reproducen o contradicen discursos presentes en otros ámbitos fuera de la literatura. Para complementar este análisis, se utilizan algunas ideas del sociólogo francés Pierre Bourdieu sobre el concepto de doxa,<sup>5</sup> las que posibilitan comprender el tipo de discurso que tendría eco o no en las obras.

Finalmente la tercera premisa sugiere que la organización de la memoria colectiva es bastante parecida a la organización de la memoria personal (en cuanto estructura sobre todo) y por eso sucede que la memoria colectiva, al igual que la memoria personal, puede narrarse más de una vez, puede reelaborarse, en función de determinada evolución, necesidad o crecimiento, en torno a lo que se podría denominar hitos de índole emocional o afectiva. La siguiente tesis se propone dar cuenta de estos hitos en las sociedades retratadas y en los personajes de las novelas, alrededor de los cuales la memoria colectiva se reorganiza.

En síntesis, se busca que el estudio comparativo de la particular percepción del pasado descrita en los tres textos literarios seleccionados resulte útil para conocer las características de la narrativa ecuatoriana reciente sobre la Revolución liberal y Eloy Alfaro, en cuanto a reorganización histórica y memoria. Ello, a partir del análisis e interpretación de la reelaboración del pasado en las obras; los discursos extra literarios que se reflejan en ellas; y los hitos emocionales que reconstruyen la memoria colectiva.

---

<sup>5</sup> Pierre Bourdieu (1930-2002), en entrevista con el crítico literario inglés Terry Eagleton (1943). Ver Bourdieu y Eagleton (1991), en Žižek (compilador) [1994] (2005).

## Capítulo 2

### Reelaboración del pasado colectivo

#### Percepción del tiempo en las sociedades

La cultura y las condiciones sociales están íntimamente ligadas con la percepción del tiempo en una época. Si el tiempo es “rápido” o es “lento” depende de un sinnúmero de factores filosóficos, climáticos, religiosos, de estilo de vida, entre varios otros. En la Edad Media, de acuerdo con las investigaciones de Jacques Le Goff (1991a), el tiempo presente era percibido más como una eternidad que como algo efímero. Las grandes historias de la humanidad sucedieron en la época clásica; para los tiempos medievales todo ya había acontecido, quedaba solamente el preámbulo final antes del más allá. Todo se había hecho y lo que quedaba por hacer estaba muy bien diseñado: si alguien nacía en determinada condición, por lo general de esa condición no cambiaba; si alguien tenía determinado oficio en la vida, con ese se quedaba. El futuro era visto como algo espiritual, como algo marcado por la posibilidad de un más allá divino mientras que el pasado era mucho más grandilocuente, de peso, que en otras épocas.

Hacia finales de la Edad Media e inicios del Renacimiento, establecer fechas y medir el tiempo cambió la percepción del pasado. El progreso en la medición del tiempo desembocó en una apreciación más trágica del sentido de la vida y de la muerte, y derivado de ello, un goce mayor del presente. Pero el avance científico también dio paso –“a partir de Copérnico, y sobre todo con Kepler, Galileo, Descartes” (Le Goff, 1991a: 188)– al optimismo iluminista que optaba por la superioridad de los modernos frente a los antiguos; es decir, la superioridad del presente frente al pasado.

De acuerdo con el mismo autor, el siglo XIX estuvo dividido entre románticos y revolucionarios o entre optimistas del desarrollo económico y los defraudados por los resultados de los imperios. Por un lado, el Romanticismo tiene muy buen agrado por el pasado y de hecho hace uso de él para inspirar nacionalismos; pero por otro lado, importantes hitos como la Revolución francesa sancionan el gusto por la antigüedad.

Hacia inicios del siglo XX, “la crisis del progreso que se va delineando determina nuevas actitudes ante el pasado, el presente y el futuro” (Le Goff, 1991a: 189).

En esta época, el giro en el estilo de vida de las sociedades urbanas cambia la percepción general del tiempo en la sociedad. El pasado es menos importante que el futuro. El sentido de la vida comienza a situarse en el mañana. El pasado sigue siendo motivo de orgullo, pero el futuro constituye una ilusión de realización, una posibilidad u oportunidad. El desarrollo de la industria trae consigo términos como “salir adelante” o “avanzar hacia el progreso” a partir de mejorar las condiciones económicas mediante un trabajo duro. Y ese “adelante”, ese “avanzar”, implica que la mirada esté en el mañana; el presente se vuelve importante en tanto medio para alcanzar el futuro: no se anhela el presente, se anhela el mañana.

Hoy en día la lectura del tiempo, al menos en las urbes, está absolutamente ligada con el futuro. A veces “ya no hay tiempo” para recordar el pasado. No hay que “estancarse” en el pasado porque el pasado ya pasó. La vida está en el futuro; los hitos tanto sociales como emocionales están en el futuro, en lo que se hará después. El mañana no solamente es más importante que el ayer; también es más importante que el hoy. Quizás es en el tiempo ajeno a las urbes, en el campo, donde el presente y el pasado son todavía más importantes frente al futuro. Le Goff propone que el tiempo del campo es probablemente el único tiempo de la regularidad y la paciencia en el sistema productivo, pues en este espacio la vida se rige por los ritmos de la naturaleza, no por los ritmos del progreso o del capital: “Este año no hubo sequía”; “este año hubo inundaciones”; “la cosecha de este año es mejor o peor que la del año pasado” son frases que cobran sentido en lugares donde la gente depende de la tierra, lo que hace del ritmo temporal algo distinto a la aceleración por el mañana propia de las ciudades grandes en el siglo XXI.

Si las sociedades sienten el tiempo de una manera particular debido a las condiciones propias de la época en la que se desenvuelven, una novela histórica probablemente representa, ambienta, ese tiempo que le corresponde a cada una. ¿Cómo sentía el tiempo la sociedad ecuatoriana de los inicios del siglo XX? Se podría pensar simultáneamente en dos ámbitos: la perspectiva del tiempo (del pasado colectivo y del futuro) que los grupos humanos retratados en las novelas tienen y la reelaboración del pasado colectivo que los autores emprenden al momento de escribir sus obras. La

pregunta más precisa sería cómo miran su pasado colectivo los personajes de las novelas ambientadas en la Revolución liberal, y cómo, a su vez, los escritores contemporáneos reelaboran su propio pasado colectivo alrededor de este período histórico.

*Rolando*, la primera novela de la tetralogía *Crónicas del breve reino*, retrata la sociedad de sectores marginales en Quito: mendigos, prostitutas y algún pintor desconocido miran con escepticismo el mundo desde su trinchera. Rolando Galassi, un idealista de clase media, vuelve a caer en la trampa de intentar cambiar el *statu quo* de la política y es en este medio, el de la calle, donde sus planes pueden tener algo de éxito. Cuando el conjunto de la sociedad retratada evoca la historia, no llega a recordar más allá de los cincuenta años que la antecede. De igual manera, el futuro con el que esta sociedad sueña, si bien solo eventualmente sueña, no es un futuro de larga data. Los personajes no tienen derecho a la esperanza de un gran futuro porque primero deben sobrevivir al presente y porque luego, si bien lo que hacen tiene una importancia decisiva en los acontecimientos históricos –puesto que en lo marginal está el conducto del poder–, todo resulta nimio, un esfuerzo vano.

La novela presenta una ficción doble: por un lado está la historia de Rolando, pero por otro lado está la historia del narrador, Alfonso Solá y Blat, quien reflexiona sobre la escritura de la novela histórica en notas a pie de página. Cuando él piensa en el sentido del pasado en la historia comparte, con los personajes de la sociedad que recrea, una visión pesimista:

La Historia, ese insecto, está llena de ejemplos. Potencias imperialistas (Cartago o Bizancio o los Nazis) que han tratado de dominar un territorio hinchándose desde sus lugares hasta controlar todo el espacio que pudieron. Proyectos de nación y gobierno creados por idealistas. ¡Proyectos reventados por turbas fantásticas y vendidos por banqueros! Esfuerzos que parecieron titánicos y que sólo eran saltos de insecto. Cucarachas (Páez, 2006: 13).

La visión del tiempo es la misma para el narrador y para los personajes de ficción que él construye. Si la sociedad “de a pie” retratada en Quito de 1912 es rebelde y pesimista, también lo es la percepción de la historia que tiene Solá y Blat. Las entidades de control a las que se refiere como las grandes potencias imperialistas parecieron enormes

esfuerzos en sus inicios pero terminaron siendo “saltos de insecto”. Extrapolando, lo mismo sucede con Rolando Galassi y su empresa de conspirar contra Eloy Alfaro. Ni la conspiración generada en el mundo denominado marginal ni el esfuerzo del narrador por elaborar una novela histórica y ni el mismo Gobierno de Alfaro son perdurables e importantes en el tiempo. Cada esfuerzo es inútil: el de quien lucha contra el poder, el de quien intenta narrarlo y el de la misma persona que lo posee.

En *Códice del General* sucede lo contrario. La sociedad que se percibe a partir de la autobiografía que escribe Alfaro la noche de su traslado en tren de la cárcel de Guayaquil a la de Quito (en la que morirá asesinado) es de índole muy distinta. Se trata de una sociedad testigo del desarrollo del pensamiento y del progreso hacia la libertad de las “ataduras conservadoras”. El pasado colectivo que se refleja en la novela tiene peso, da cuenta de largos períodos de opresión frente a los cuales la figura de Alfaro, en conjunto con la de otros líderes liberales como José Martí o Juan Montalvo, cobra una dimensión relevante: el futuro que se anhela es enorme y prometedor.

Existen dos voces narrativas en esta novela: la del yo protagonista que recuerda con detalle su pasado y que reflexiona constantemente sobre el significado de su propia experiencia y el sentido de su vida, y la de un narrador omnisciente que conoce las sensaciones, emociones y pensamientos más íntimos del General, ya sea en el momento en que él escribe sus memorias o cuando los recuerdos cobran independencia. Los acontecimientos suceden en dos tiempos: el viaje en tren de principio a fin y el recorrido por la vida de Alfaro desde que llegó al mundo hasta la consumación de su lucha liberal, en un momento de ascenso al poder.

La sociedad retratada se interesa por el destino político de la historia latinoamericana: no se trata de un grupo humano que mira su país como el único punto de referencia del mundo, pero al mismo tiempo este mundo no está listo para las ideas del General. A través de Alfaro, la sociedad ecuatoriana mira su presente en un contexto latinoamericano, como parte de un proceso cuyo futuro es grandilocuente, esperanzador, lleno de posibilidades. Ello no exime al presente de la tragedia. La novela muestra constantemente la nobleza del protagonista, quien irónicamente se traslada hacia su muerte en el tren que fue una de sus obras emblemáticas, que constituyó una revolución del transporte entre Quito y Guayaquil. La ironía es un personaje más de esta obra que deja ver que la “luz del pensamiento”, del progreso y de la libertad constituía un paso

demasiado grande para una sociedad joven. El futuro, por consiguiente, es mucho más grande incluso que lo que la misma sociedad puede concebir. Cuando el Viejo Luchador asume por primera vez la Jefatura de Estado, encarna él mismo (y solo) la sociedad, la trascendencia: “¡Ya no soy yo!... ¡Soy un pueblo! (Martini, 2009: 339).

La tercera novela, *Alfaro en la sombra*, también guarda una estructura doble. Una historia de índole policial se intercala con una historia epistolar entre los miembros de una familia comerciante. La historia policial cuenta la investigación de un teniente de navío de la Marina estadounidense, William O’Grady (Bill), quien es enviado a Panamá y Ecuador para investigar la muerte del capitán David Matthewman, quien en vida comandaba el buque *USS Yorktown*. Este buque había estado frente al Puerto de Guayaquil desde diciembre de 1911 hasta enero de 1912, con el fin de “mantener el orden”, tanto de nacionales como extranjeros, en un momento en que los crecientes desmanes dieron forma a la guerra civil ecuatoriana. La versión oficial que tenía el teniente de navío sobre el fallecimiento de su jefe en este contexto era que “el comandante del barco había muerto el 25 de enero de 1912 de un ataque de fiebre amarilla” (Ortiz, 2012: 15), pero había indicios que sugerían que esa no era la verdad, sino que se trataba de un oscuro asesinato.

La historia del teniente Bill se intercala con el intercambio de correspondencia entre Isabel Echeandía y su padre, Miguel Echeandía, entre Quito y Guayaquil, quienes se escriben cartas entre el 22 de diciembre de 1911 y el 6 de marzo de 1912. Sus conversaciones versan sobre las dificultades para el efectivo transporte de mercadería para sus negocios, la inestabilidad del comercio a raíz de la inestabilidad gubernamental y, junto con ello, un conocimiento bastante detallado de los pormenores de las decisiones de gobierno y la vida política del país, que por esos tiempos atraviesa batallas como las de Huigra (11 de enero), Naranjito (14 de enero) y Yaguachi (18 de enero), las que se describen minuciosamente ya que el prometido de Isabel, Ignacio Manrique, es reclutado para unirse al Ejército Constitucional bajo el mando del General Julio Andrade en Alausí. Las cartas también incluyen recortes de prensa y citas de fuentes de archivo y documentos.

La mirada de los personajes en *Alfaro en la sombra*, tanto de los que configuran la historia del teniente O’Grady como la familia comerciante, se concentra en su presente. Ni el futuro militar del primero ni el destino del negocio de los segundos son

motivo de preocupación en los personajes. Están absolutamente arraigados en su presente porque viven en el contexto de una guerra civil. Un futuro mejor a partir de un hito revolucionario en la política no es sinónimo de bueno o deseable en la sociedad que se describe en esta novela. Lo bueno y lo deseable está en el retorno a la estabilidad democrática, en la paz social que genere estabilidad económica, en la justicia enmarcada en el derecho que anhela tanto el teniente O'Grady como Miguel Echeandía y su hija. El personaje Eloy Alfaro es descrito en esta obra como el principal responsable de las más de mil muertes provocadas por los sucesivos enfrentamientos desde 1895 hasta 1912 y también del empeoramiento de las condiciones económicas. Pero Alfaro no habla, está "en la sombra" configurando la realidad de un país que sufre las desdichas de su lucha liberal.

Aquí un ejemplo de ello en la voz de Juan, un empleado de hotel que conversa con el teniente O'Grady mientras trabaja de agente encubierto bajo el nombre de Andrew Carrington:

Yo diría que sobre todo desde 1908... La vida se puso muy cara para todos nosotros, ¿cómo le parece señor Cárrinton? Ahora el sucre no vale nada, señor, está a dos dólares cincuenta; y antes de que suba Alfaro estaba a la par con el dólar. Y en el Ejército me pagaban veintisiete sucres mensuales, y eso cuando me pagaban. A veces solo recibía diez sucres. ¡Imagínese, diez sucres! Por eso hice el sacrificio de dejar a mi mujer y venirme a esta tierra, para tratar de ganar un poco más con mi oficio y sacar a mi familia adelante. Fíjese lo que pasó con el ferrocarril, que es una gran obra del general Alfaro para unir al país, pero que, en cambio, demanda grandes cantidades de leña, lo que hizo subir mucho su precio. Y, con ello, señor Cárrinton, todo el costo de vida, ya que todos cocinamos con leña, ¿cómo le parece? (Ortiz, 2012: 267).

Muy por el contrario de lo que se describe en *Códice del General* respecto al significado de la construcción del ferrocarril para el progreso de la nación, en este extracto de *Alfaro en la sombra* se evalúa económicamente los altos costos colaterales de esta obra que, si bien benefició a muchos, perjudicó a otros tantos. En *Rolando* en cambio la construcción del tren ni siquiera se menciona. Un mismo hecho es tratado en los tres textos literarios de manera diferente y lo mismo sucede con la manera de ver el



tiempo que tienen los personajes. Llama la atención que en las tres novelas seleccionadas para este estudio, pese a que se inscriben en un mismo momento histórico y tratan sobre una misma sociedad aludiendo a situaciones y hombres públicos comunes, el conjunto de personajes en cada una vive un presente diferente, tiene una concepción colectiva particular del pasado y una visión distinta del futuro.

En *Rolando*, cualquier esfuerzo por cambiar el destino es vano, como en la siguiente reflexión del narrador Solá y Blat respecto a su amigo Camilo Deor, quien le pide por encargo *post mortem* la realización de una novela histórica:

Pobre Camilo, fue incapaz de ver que incluso en los esfuerzos imperiales subyace la verdadera tragedia de lo humano: tenemos menos vida que voluntad de acción, y hasta nuestros más fragorosos esfuerzos son, siempre, inútiles (Páez, 2006: 15).

El valor del esfuerzo, la fe en el mañana, depende mucho de la relación de una sociedad con su tiempo. Los “esfuerzos imperiales” son inútiles, más aún si provienen de grupos humanos en condiciones socioeconómicas difíciles que influyen en su desesperanza. En *Rolando*, la sociedad ecuatoriana no tiene un gran pasado histórico de la misma manera que no puede soñar con un gran futuro histórico. Su memoria histórica, sus referencias en conversaciones cotidianas, permiten pensar que no se trata de una sociedad cuya vida se centra en las cavilaciones ideológicas –como en el caso de *Códice del General*– o cuyos intereses se centran en el trabajo y la productividad, como en el caso de *Alfaro en la sombra*.

Los personajes en *Rolando* están condenados por su pasado y a la vez están concentrados en jugarse el futuro, aunque más allá del odio que los motiva para esto, no tienen una idea clara de lo que aspiran a largo plazo. En *Códice del General* es más fuerte el peso del tiempo, tanto del pasado como del futuro. El pasado es algo que hay que vencer, algo para lo que, de hecho, ya se han dado grandes pasos. Lo que se aspira es claro: en la lucha liberal en América se juega el futuro de la libertad. El presente histórico no está conformado solamente por las gestas de Eloy Alfaro: su interacción con los líderes liberales de otras naciones da cuenta de un presente comprometido absolutamente con el destino ideológico de un continente. Si en *Rolando* los personajes nacen condenados y si en *Códice del General* los personajes nacen destinados a forjar un gran futuro para las sociedades, en *Alfaro en la sombra* los personajes no están ni

condenados por el pasado ni anhelantes de un futuro prometedor: están arraigados en su presente. Tanto el militar O'Grady como la familia de comerciantes piensan en cumplir su trabajo en el ahora. El teniente tiene una misión y se dedica a cumplirla; y el interés de los comerciantes por la situación política tiene que ver en gran medida con su situación económica y laboral presente.

Podría decirse entonces que a cada novela le corresponde una concepción del tiempo distinta. La concepción colectiva del pasado que tienen los personajes en *Rolando*, llenos de pasiones en su mayoría ruines, tiene un carácter de índole realista y pesimista: no hay derecho o esperanza de futuro, y si la hubiera, las sociedades están condenadas a su propia ingenuidad y a su propia avaricia. La concepción colectiva del pasado en *Códice del General*, plena de aspiraciones grandilocuentes, megalómanas, no puede leerse fuera de una clave ideológica. Lo prometedor del futuro parece ser más idealista que práctico o realista. Y distante de la percepción del tiempo en estas dos novelas, en *Alfaro en la sombra* el conjunto de personajes tienen necesidades arraigadas estrictamente en el presente: la importancia de descubrir un asesinato responde a un interés práctico y la necesidad de sacar adelante un negocio pese al clima económico generado por la difícil situación política podría leerse más cercana a una concepción burguesa del tiempo, que a una pesimista o ideológica, como en los casos anteriores.

## La “cuota de innovación en la periodización histórica

Cada texto de carácter histórico, se trate o no de una novela, de entrada se propone esta premisa: retratar un determinado período de tiempo. Cuando un autor asume el reto de elaborar una novela histórica, asume en principio establecer un período cronológico en el cual situar a sus personajes. En las obras de estudio seleccionadas, si bien se ambientan en la época de la Revolución liberal en Ecuador, cada una de ellas selecciona una periodización histórica diferente. *Rolando* es la historia de los sucesos que desembocaron en el asesinato del alfarista Belisario Torres, el 21 de enero de 1912, por lo que la novela trata sobre muchas cosas que ocurren en Quito hasta una semana antes del asesinato de Eloy Alfaro. *Códice del General* es la historia del 27 y 28 de enero de 1912, que constituye el último día de vida del General. Y *Alfaro en la sombra* sucede entre los meses de diciembre de 1911 y marzo de 1912.

De acuerdo con Jacques Le Goff, la construcción del pasado responde al sentido que una sociedad da a su presente, es decir que el pasado histórico es maleable en función de cómo se establece verlo en un determinado momento del ahora:

Eric Hobsbawm [1972] planteó el problema de la “función social del pasado”, entendiéndolo por pasado el período anterior a los acontecimientos de los que un individuo se acuerda directamente. La mayor parte de las sociedades consideró el pasado como un modelo para el presente. Pero en esa devoción por el pasado hay intersticios a través de los cuales se insinúan la innovación y el cambio. ¿Cuál es la cuota de innovación que admiten las sociedades en su vínculo con el pasado? (Le Goff, 1991a: 182-183).

Si cada presente determina una “función” para el “uso” de su pasado, lo que llama la atención es la posibilidad de admitir “cuotas de innovación” en la reescritura del mismo. ¿Existe una cuota de innovación que la sociedad ecuatoriana contemporánea admite en su vínculo con el pasado, en relación con el período alfarista? Posiblemente sí. Mucho se ha escrito sobre Eloy Alfaro, pero poco sobre la vida en los callejones de Quito en aquel momento, poco sobre lo que el General pensaba de sí mismo y poco también sobre los criterios de las familias burguesas o el papel de la Marina estadounidense durante la guerra civil. Si hay alguna cuota de innovación en la reescritura del pasado

colectivo en relación con la Revolución liberal es precisamente la búsqueda, a través de las novelas, de lo que queda por fuera de la organización histórica tradicional. Le Goff comenta lo siguiente acerca de las formas de ordenar la historia:

Las costumbres de la periodización de la historia llevan así a privilegiar las revoluciones, las guerras, los cambios de régimen político, es decir, la historia de los acontecimientos. Nos encontraremos con este problema a propósito de las nuevas relaciones entre presente y pasado, que la denominada “nueva” historia trata de establecer. (...) La distinción pasado/presente es la que se encuentra en la conciencia colectiva, más especialmente en la conciencia socio-histórica (Le Goff, 1991a: 175).

Las novelas de estudio retratan en distinta medida los grandes acontecimientos de la historia escolar. No obstante las tres buscan una perspectiva distinta de algo que podría llamarse la “conciencia sociohistórica” del pasado. La novela de Santiago Páez, *Rolando*, se rebela contra la periodización tradicional. Si bien esta obra se desarrolla en el ambiente de la Revolución liberal, que la narración termine una semana antes del asesinato de Eloy Alfaro es desistir de la periodización de los acontecimientos; es anárquico frente al currículo escolar y por ende frente al poder. El juego está en que los hechos de ficción de esta novela (empezando con que Ecuador es un país imaginado por un checo, el cual estuvo solo a punto de existir) se corresponden exactamente con los documentos que han sido base para la historia oficial, pero los héroes no existen y las grandes gestas tampoco. La periodización histórica varía porque, pese a describir los años turbulentos de la época alfarista, desechar la conocida “hoguera bárbara” es negar a un personaje protagonista su destino de mártir o de castigo; es decir que se niega al héroe la posibilidad de que lo sea. Eloy Alfaro es considerado un héroe de la Revolución liberal, pero en esta novela se le quita poder al negarle la posibilidad de ser mártir.

En *Códice del General*, la periodización histórica es más tradicional que en las otras dos novelas. Las gestas de Eloy Alfaro que se retratan, así como sus destierros, viajes y encuentros con coidearios de la época están organizados de acuerdo con la importancia que revisten en la historia escolar. El primer recuerdo que narra Eloy Alfaro en su código durante el traslado de la prisión de Guayaquil al Penal García

Moreno en Quito es su nacimiento; el último, su ascenso al poder por primera vez, como el acto solemne de culminación de una lucha que excede las ambiciones personales, puesto que su “coronación” es una más en el engranaje del destino de libertad para América. La descripción de su asesinato y arrastre de su cuerpo por las calles de la capital se narra en un acápite de la novela, en una “sucinta cronología” final, como para evitar la humillación del héroe. Todo lo que se ha recordado previamente ha guardado correspondencia con las gestas registradas por la historia nacional (oficial) y sus recuerdos se organizan en perfecta relación con los acontecimientos relevantes de la lucha liberal en el continente, pero la innovación está en que tanto los pensamientos más íntimos como las anécdotas domésticas de Alfaro se encuentran al alcance del lector. Y ello hace del Viejo Luchador no tanto un héroe sino un humano con los defectos y pesares propios del paso de los años; desde el inicio de la narración, se dice que “el General vivía de sus recuerdos. Ya no era el de años anteriores” (Martini, 2009: 21). Y cuando está próximo a terminar su relato, “el General abandona su escritura meditando reservadamente: ¡la vejez! Lo peor no era sufrir y morir, sino envejecer, porque envejecer es un sufrimiento para el cual no hay remedios ni esperanzas” (Martini, 2009: 339).

*Códice del General* termina cuando el tren en el que son trasladados los alfaristas llega a Quito. Al igual que en la novela de Páez, los acontecimientos de la denominada hoguera bárbara no llegan a relatarse en el cuerpo de la novela; sí se describen en el epílogo. En la novela de Páez, probablemente este episodio no se narra para no darle importancia o precisamente para desdeñar la periodización escolar o el poder; en la novela de Martini, la omisión de esta descripción obedece más bien a una intención de no humillar nuevamente al héroe mostrándolo en su peor hora; es un acto de pudor.

Con *Alfaro en la sombra* sucede algo bastante diferente. Su narración se construye con base en referencias historiográficas, incluso a través de citas textuales acerca de los acontecimientos de gobierno tomadas de periódicos de la época, a partir de una profunda preocupación por el presente político y social en sus personajes principales. A diferencia de las dos novelas anteriores, en esta se describe minuciosamente el asesinato, desmembramiento y quema del general alfarista Pedro Montero, días previos al asesinato y arrastre de Alfaro y sus acompañantes el 28 de

enero de 1912, hechos que también son descritos con detalle; de hecho, la novela continúa hasta el 6 de marzo de ese año. Se podría decir que la periodización histórica en esta obra no solamente coincide con los grandes acontecimientos que la historia oficial privilegia al momento de estructurarse, sino que además los excede: la obra literaria se vale de notas de prensa y documentos verdaderos, es decir de fuentes verificables, para narrar con suma precisión los sucesos que propiciaron las hazañas memorables de la historia. Al final, el autor lo aclara:

Nota del autor

*Alfaro en la sombra* es una novela histórica, no un libro de historia. Es una narración que entrelaza historias de ficción con hechos reales acaecidos en el pasado. Para el lector será fácil separar ficción de realidad, pero el autor se permite advertir que todas las citas de documentos que aparecen entre comillas son auténticas, así como las fechas y hechos de la historia nacional. Esos componentes históricos de la narración se basan en la prensa de la época, en los relatos de testigos presenciales de los acontecimientos, y en la historiografía sobre Alfaro y el liberalismo (Ortiz, 2012: 340).

Cuando Le Goff reflexiona sobre la conciencia sociohistórica, se refiere al problema de la periodización en torno a los acontecimientos que, por costumbre, se han vuelto relevantes para una comunidad. Las costumbres de la periodización suelen darse por coberturas de medios de comunicación, elaboración de currículos escolares, documentos, monumentos y cualquier otro material muchas veces definido por instancias de poder que determinan la función social actual que cumplirá o se dará del pasado histórico. Pero la literatura histórica no requiere supeditarse a las costumbres de la periodización; no necesita establecer períodos de acuerdo con los establecidos por el “mundo exterior” a la obra, por lo que quizá la aclaración del autor al final de *Alfaro en la sombra* no se consideraría, desde esta perspectiva, necesaria. Precisamente el arte de la literatura estaría en la generación de un universo cuyas reglas estuvieran libremente a disposición del autor. La narrativa de carácter histórico no requiere que el autor demuestre que los datos en los que sustenta sus afirmaciones sean verificables. Es el autor quien puede o debe definir qué acontecimientos son gestas heroicas y qué acontecimientos no merecen serlo. Es él, y solo él, quien debería escoger los parámetros

cronológicos de su obra: para un narrador, un acontecimiento puede ser una batalla conocida o un pájaro que atraviesa el atardecer. La literatura no necesariamente se supedita al ordenamiento histórico, puede tomarlo para establecer sobre él un universo nuevo. Pero no necesita demostrar nada: ni que un personaje fue un gran héroe ni que no lo fue.

Siguiendo este razonamiento, *Códice del General* y *Alfaro en la sombra* si bien plantean una cuota de innovación importante en el tipo de situaciones que atraviesan sus personajes, los acontecimientos de su ficción coinciden muchas veces con los “grandes acontecimientos” de la Revolución liberal al privilegiar gestas, fechas y batallas. *Rolando* en este aspecto es diferente, puesto que el personaje principal de la gesta histórica, Eloy Alfaro, no es más que un adorno en el trasfondo de la trama. Con *Alfaro en la sombra* pasa algo parecido en el sentido de que Eloy Alfaro nunca toma la palabra, pero sí tiene una presencia importante por cuánto los personajes hablan de él y por la incorporación de su asesinato y arrastre a la novela, además de que, por ejemplo, las batallas de Huigra, Yaguachi y Naranjito son narradas con extremo detalle, ceñidas a las fuentes bibliográficas. En *Códice del General* los recuerdos de Alfaro también otorgan espacio a las batallas y fechas de acontecimientos importantes, pero en *Rolando*, el hecho de terminar la novela una semana antes de la muerte del líder liberal sí constituye una postura deliberada contra la periodización histórica: es una apuesta por la literatura como universo independiente de la organización exterior (por fuera de la obra) de los acontecimientos. *Rolando*, a diferencia de las otras novelas, no está supeditada al dictamen de la organización en torno a los acontecimientos que se consideran relevantes para la historia “oficial” o escolar, la que por lo general es construida, modificada o transformada por las instancias de poder mediante monumentos, discursos, láminas, apologías, cuadros, documentales, entre otros.

## Capítulo 3

### Discurso histórico en literatura

#### Doxa y heterodoxia

El pasado resulta utilitario a lo que, objetiva o subjetivamente, se necesita hoy del pasado. Esto quiere decir que un texto que reconstruye el pasado puede erosionarse, adoptar cambios de puntos de vista con el paso del tiempo, en función de lo que cada presente, cada hoy, requiere de ese pasado. Pero para que una verdad historiográfica sea considerada como tal, tiene que ser inamovible. Una historia oficial es la cristalización del esfuerzo por mantener vivo un discurso incuestionable; un pasado cuya estructuración nadie discute, estático cual dogma o monumento. Siguiendo conceptos de Pierre Bourdieu (1991), las historias oficiales constituyen una *doxa*, es decir, aquel conocimiento que no siendo necesariamente verdadero, es la opinión masificada de la realidad. Para el sociólogo, una doxa es un sistema que las sociedades no ponen en duda; ejemplo de ello puede ser un proceso independentista o una gesta heroica. La historia oficial de un país es en sí misma un sistema que encarna una escala de valores propia, definida a partir de la cultura, la religión y las tradiciones dominantes.

El término doxa se diferencia de la ideología en que esta última es por lo general un proceso reflexivo mientras que la doxa, más cercana a la palabra dogma, opera de manera mucho menos consciente:

¿por qué creo que la noción de doxa es más útil [que la de ideología]? Muchas cosas que han sido llamadas ideología [...] operan en realidad de un modo muy oscuro. Por ejemplo, podría decir que todos los sistemas académicos, todos los sistemas de educación, son una especie de mecanismo ideológico. Son el mecanismo que produce una distribución desigual del capital personal, y legitiman esta producción. Estos mecanismos son inconscientes. Son aceptados y esto es algo muy poderoso, que no está contenido, en mi opinión, en la definición tradicional de ideología como



representación, como falsa conciencia (...). A eso me refiero con doxa: hay muchas cosas que la gente acepta sin saberlo (Bourdieu, 1991: 298-299).

El concepto de doxa como la opinión masificada de la realidad se relaciona con la narrativa histórica cuando determinados hitos de la historiografía se reproducen inmóviles entre un relato y otro. Como se señaló en la sección anterior sobre la periodización histórica, en *Códice del General* y *Alfaro en la sombra* se construyen en torno a acontecimientos que reproducen la trama de la historia nacional. Su discurso es más ortodoxo, en el sentido de que se elabora de acuerdo con el dogma dominante: en sus relatos, la vida política y los hechos de gobierno resultan más llamativos que las situaciones cotidianas de la gente de a pie. La vida de los “de a pie” gira alrededor de las acciones u omisiones de gobernantes y opositores. La opinión masificada de la realidad es que hablar de 1895 ó 1912 en Ecuador es alabar o condenar a Eloy Alfaro, y esta opinión se reproduce, de manera deliberada o no, en estas novelas.

La heterodoxia es en cambio una reacción contra la doxa; conceptualmente se trata de una opinión diferente al dogma establecido o acordado por una mayoría. Esto podría ser más visible en *Rolando*. El lector de esta novela –a diferencia del lector de *Códice del General* o de *Alfaro en la sombra*– puede percatarse de que la periodización histórica que impone el relato oficial sobre la Revolución liberal no es necesaria, que las importantes gestas políticas no lo son tanto y que se puede hablar de la primera década del siglo XX en Ecuador sin que hable, muera o dé un discurso Eloy Alfaro.

Otra forma de entender un discurso no ortodoxo respecto a la historia oficial es el revisionismo. El revisionismo de la historia constata a qué sirve un relato constituido, dominante, existente; surge por lo general a partir de una lucha política social. Un ejemplo del revisionismo contemporáneo en la historia ecuatoriana es el que se hace sobre Eugenio Espejo,<sup>6</sup> el famoso mestizo precursor de la independencia. Estudios del historiador Carlos Freile (2008) cuentan que en realidad, después de dos siglos de discurso incuestionable, Espejo no era mestizo: Chúsig era un invento de sus enemigos que posteriormente la vulgata republicana adoptó como cierto para mostrarlo como, además de mestizo, precursor. Esto, porque es constitutivo, dogmático, de la idea de

---

<sup>6</sup> Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo (Quito, 1747-1795), conocido durante mucho tiempo como Manuel Chúsig, fue un científico y escritor que se destacó por descubrimientos médicos, textos periodísticos e ideas políticas de avanzada.

nacionalidad que existan precursores de la independencia. Y estas mentes precursoras (la de Espejo era brillante) tenían que tener raíces indias; había una lucha social detrás. Este ejemplo viene al caso para ampliar lo que se entiende como doxa en un discurso histórico. El nacionalismo propone recuperar algo que ya existió: para que exista un opresor al cual vencer, el oprimido tiene que haber conocido primero la libertad. Un precursor de la independencia como Eugenio Espejo cumple el rol del profeta que anuncia la llegada del redentor. Un precursor, al igual que el profeta, no ve la llegada del redentor y Eugenio Espejo, como precursor de la independencia ecuatoriana, tampoco llega a presenciarse, pero su importancia en el discurso era simbolizar un prototipo del antiabsolutista mestizo, que encarnara la naturaleza de lo que tenía que ser liberado, es decir, la raza indígena. El discurso que afirma esta estructura parte del relato liberal criollo, que es el relato que surge en las instituciones educativas laicas que se convierten en las grandes reproductoras de la historia, y es la instauración de la educación laica en Ecuador lo que nos conecta con el personaje Alfaro de las novelas.

La educación laica fue una de las cruzadas del alfarismo a inicios del siglo XX para fortalecer la separación de la Iglesia católica de la administración del Estado. Para las instituciones educativas laicas, las revoluciones constituyen un grito esgrimido por grandes héroes contra la opresión; el discurso laico independentista es el grito frente a la opresión imperial a favor de la autonomía. La Revolución liberal constituye el hito independentista de la “opresión” católica aliada con los gobiernos. Por el contrario, el relato sobre la independencia que reproduce la tradición católica hispánica es que la independencia fue una forma de reafirmar el imperio del catolicismo en América ante las dificultades que impuso la Revolución francesa al imperio en España. Para esta tradición, la reacción del pueblo contra Eloy Alfaro, hacia 1912, es una muestra del destino ineluctable de los caudillos y quizás hasta de los herejes, tomando en cuenta las duras críticas a la francmasonería de la que fue parte Alfaro y que se describen en *Códice del General*.

No se puede decir que la obra de Páez, en cuanto relato histórico, es revisionista. Pero sí se puede decir que es heterodoxa en relación con el discurso oficial. Aunque Eloy Alfaro sea visto por los personajes como un cerdo, un torpe, un estúpido, ello no quiere decir que la novela promulgue un discurso antialfarista y peor alguna agenda de oposición antiliberal. En *Rolando* no se hace un revisionismo de la historia oficial para

descubrir a qué poderes responde o para imponer un relato de poder verdadero sobre otro falso. La narración compone un discurso que evoca la ingenuidad del poder oficial frente al poder de los callejones, lo que lo convierte en un relato heterodoxo en cuanto a que la historia oficial puede escribirse de diferente manera, con distintos protagonistas, sin otro afán que reconocer la prostitución, el sexo y las pasiones humanas como importantes conductoras del poder.

En *Rolando* existe una innovación sin desconocer lo conocido; un cambio en los integrantes del pedestal histórico. Aunque la novela se ambienta en un momento de grandes acontecimientos, estos no se detallan, no llegan a focalizarse narrativamente hablando. Prostitutas, mendigos, lavanderas, profesores, fotógrafos, escritores frente al poder, de esta gente se encarga la novela. Las reflexiones del narrador apuntan a que no importa si las gestas las ejecutan los poderosos o “los de abajo”. Los personajes en *Rolando* odian el presente, concretamente el presente político que encarna ese padre irresponsable culpable originario de las desdichas estructurales de su suerte. Tienen un objetivo: defenestrar al gobernante. Pero no se plantean para qué, no profundizan demasiado en qué tipo de sucesor quieren. Saben que hay dos posibles candidatos para la sucesión pero no están preocupados por el tipo de gobierno u opción política que representan. No tienen ganas de una mejor república a largo plazo. Tienen ganas simplemente de que esa persona que consideran nefasta se vaya, se muera, salga del trono. Incluso Galassi, cuando piensa en el futuro político, se endulza en un ideal vacío, absurdo, porque siendo él ejecutor de una conspiración, no se propone como plan concreto un nuevo tipo de gobierno, se plantea simplemente lo inmediato sustentado en una ilusión que es prácticamente vana.

Hay varias maneras de destruir al rey. Una es cortándole la cabeza teniendo bajo la manga un nuevo plan de administración y gobierno de largo plazo. Otra es simplemente cortándole la cabeza, sin otro objetivo que ese. En la novela de Páez, las aspiraciones sociales son de corto alcance en el tiempo: se busca terminar con un caudillo, pero se deja la planificación de lo que suceda después de lograrlo, al devenir. Como se señaló en el capítulo anterior, los personajes tienen una conciencia colectiva y selectiva del pasado de corta data, que motiva que sus anhelos sean de inmediatez. Según Hyden White (2003), el peso del pasado es diferente para cada sociedad. Una “nueva sociedad” tiene esto de acortar el pasado, de hacerlo más liviano. En el relato de

Páez, la dimensión del pasado de la sociedad retratada es leve así como el peso de sus aspiraciones. Finalmente todo termina siendo cualquier cosa:

La Historia no tiene sentido, es irracional, torpe. No es un río que fluye. Es un insecto sin cerebro que huye, entre desperdicios, de otro insecto más grande (Páez, 2006: 13).

*Rolando* da cuenta efectivamente de una reorganización de la memoria histórica interesada en un discurso heterodoxo, es decir aquel discurso que no se inscribe en la norma de la historia oficial para la que es imposible excluir la exaltación de los héroes o la reivindicación de gestas. El discurso histórico que se introduce en esta novela está orientado más bien a la aniquilación de los héroes en la imposible tarea de reelaborar la historia.

¿Qué sucede en este aspecto con *Códice del General* y *Alfaro en la sombra*? Del personaje público Eloy Alfaro se han hablado cosas muy buenas y cosas muy malas. Por eso no se puede afirmar que *Códice del General*, una novela que habla bastante bien de la dimensión humana del Viejo Luchador, sea revisionista. Por supuesto que no es heterodoxa dado que reproduce y ensalza el discurso oficial laico; en ese sentido es más ortodoxa puesto que sigue los parámetros del dogma que impone el laicismo. En esta novela, el pasado más que un peso es el combustible que impulsa la razón de ser de la obra. El narrador y el yo protagonista Alfaro se valen del pasado autobiográfico (no tanto del histórico) para poder dar forma al futuro. Se trata de una narrativa de memorias en las que se valida toda lucha porque no es vana, porque la constancia del General en su empeño por salvar a la patria de las garras opresoras tuvo más de una culminación gloriosa y porque aunque el pueblo sea ingrato y los más allegados traicionen, la justicia histórica no perdona y sabrá dictaminar a favor de quienes han peleado por causas nobles.

Desde el inicio de la redacción del código, Eloy especifica que escribe para sí mismo y no para explicar sus aciertos o faltas:

El General se puso a escribir sus memorias, principiando a redactarlas: -Ayer percibía el mundo como es... hoy lo veo como quiero... pero a veces... se han roto mis ilusiones y he visto la realidad en una representación nueva...

–a mis sesenta y nueve años de edad ensayo recordar y escribir referente a mi vida. –Eloy Alfaro con suma sutileza maneja la pluma del cóndor, concibiendo el documento y convirtiéndolo en el Códice del General –unos especularán que lo hago para explicar mis aciertos y faltas. Pero no. No escribo para otros, escribo para mí mismo. Presagio que en estos tiempos estoy más allá del bien y del mal y no creo imperioso en que los demás me justiprecien. Me alcanza con mi propio juicio y el dictamen del todopoderoso (Martini, 2009: 41).

Como se puede deducir a partir de este extracto, la realidad para el protagonista –quien ha sido dos veces Jefe de Estado y en el presente de la novela es un prisionero que se dirige hacia su muerte en el mismo tren que le mereció el mayor reconocimiento público cuando lo construyó– es, en sus propias palabras, como él la quiere ver; con la honestidad que le permite la edad y con el aplomo que da la experiencia sobre todo cuando alguien ha sufrido una traición. El presente desde donde surge la narración está exento de angustia o rencor; Eloy Alfaro no planifica escapar ni vengarse. Se concentra en mirar por la ventana y recordar, volver a vivir cada minuto de aquellos episodios memorables. Pero el presente desde el que escribe aparenta ser un tiempo mayor, un tiempo en el que la historia ya le ha dado la razón al protagonista y le ha otorgado la justicia que fuera arrebatada por sus detractores.

*Alfaro en la sombra*, al contener abrumadora cantidad de registros históricos en el tejido de la trama, da la impresión de que estuviera ofreciendo una nueva versión de los hechos. Pero si todo el sustento histórico ya ha sido conocido, es decir, publicado, el mérito de la novela es fusionarlo en un único universo donde cada hecho se correlaciona entre sí de forma coherente. Sus personajes principales están arraigados al presente, lo conocen a fondo y están sujetos al deber ser, no así los gobernantes y los grupos rebeldes que son, en el contexto de la novela, quienes causan muertes, destrucción, pobreza. El teniente O’Grady, Bill, mira el mundo desde la honestidad y la lógica. Isabel Echeandía y su padre Miguel, que son parte de una familia tradicional (cristiana, de clase media y comerciante) de la época, también.

Los datos históricos que reúne la novela fortalecen una visión que condena a Alfaro. De forma recurrente, los personajes señalan que él es el culpable de miles de asesinatos. Que no todas las consecuencias de las obras realizadas en sus gobiernos han

sido buenas sino más bien devastadoras y que sus aportes al progreso no compensan el desastre en el que se sume la patria. Sin embargo, su asesinato no es justificable. Alfaro, a criterio de Miguel Echeandía, debió haber tenido un juicio justo en vez de la tragedia final. La “chusma” –a cargo de disparar a él y a sus coidearios en la cárcel y luego arrastrar sus cuerpos por las calles de Quito para finalmente quemarlos en un parque– corta efectivamente la cabeza del rey y su séquito, pero sin plan futuro alguno, sin una alternativa inmediata más allá del ejercicio del castigo y la venganza pública. Esto ya se ha dicho desde la historiografía, pero sin la gracia de una cacería policial de por medio (la de la Marina estadounidense) y la historia de amor de una joven comerciante. Por ende, los recursos históricos en *Alfaro en la sombra* no se utilizan para generar un relato nuevo o diferente de lo que ya ha existido, es decir, no se alejan de la opinión masificada de la realidad, de la doxa, que es la que sostiene estructuralmente a la novela. El discurso histórico que recorre esta novela, al igual que sucede con *Códice del General*, no es heterodoxo respecto a la historia oficial.

En pocas palabras, desde la perspectiva de la doxa en la introducción del relato histórico oficial en las obras literarias seleccionadas, la novela de Páez evoca, de forma heterodoxa en relación con el discurso de la historia tradicional, la necesidad del poder en el marginal o en cualquier otro lugar que no sea un estrado. La novela de Martini demanda una reivindicación del héroe que ya se ha escuchado en discursos oficiales de línea laica o revolucionaria, es decir, responde a un conocimiento que comparte un gran grupo interesado en la heroicidad incólume del líder de la lucha liberal en Ecuador. La novela de Ortiz compone narraciones de ficción en un contexto histórico que también conforma un conocimiento que comparte un grupo social interesado en una visión más ecuánime que la del elogio, pero que tampoco deja de lado condenar a los administradores públicos toda vez que intereses mezquinos los llevaron a perjudicar al pueblo con la generación de una guerra civil.

## Iconografía del héroe

La lógica en contra de la representación del héroe, de su iconografía, es la lucha por rescatar a la cotidianidad, a lo pequeño. Esto guarda relación con la polémica acerca de qué es lo fundamental en un relato histórico: la historia de los grandes personajes, como sucede en *Códice del General*; las historias de la ciudad y la clase trabajadora, como se muestran en *Alfaro en la sombra*; o las historias de los personajes del margen, como en *Rolando*. En este debate no interesa lo liberal laico contra el catolicismo conservador. Hablamos de un discurso de Estado –que es la historia de los héroes, la historia convencional– en oposición al discurso de la ciudadanía común:

El documento no es inocuo. Es el resultado ante todo de un montaje, consciente o inconsciente, de la historia, de la época, de la sociedad que lo ha producido, pero también de las épocas ulteriores durante las cuales ha continuado siendo manipulado (Le Goff, 1991: 238).

Ningún documento es inocente según la perspectiva del teórico: “El documento no es una mercancía estancada del pasado” (Le Goff, 1991b: 236). Los documentos que sustentan la historia son el resultado de la imposición de un interés y también de una suerte de relación contractual con la cultura a la que está dirigido el relato histórico. En el caso del discurso liberal progresista ecuatoriano, por lo general su estructura es mesiánica: debe haber un héroe que salva a un pueblo en nombre de los pobres y los humildes, que solo pueden ser ayudados por esta figura heroica a caballo.<sup>7</sup> En la lucha

---

<sup>7</sup> El discurso del héroe varía según la vertiente ideológica. En las corrientes derivadas del marxismo en el siglo XX, existe una recuperación del poder por parte del pueblo. Esa recuperación puede tener varios estilos: el leninismo es la recuperación del poder por parte del proletariado organizado en un partido político; el zapatismo es la recuperación del poder por el campesinado armado. En uno y otro el héroe surge a partir de la transposición de un poder por otro; incluso sucede muchas veces que los héroes se desenvuelven en una misma estructura de poder, solo cambiando su lugar en ella. Pero existe una corriente derivada del marxismo que es diferente, que elimina a los héroes, y quizás a esta corriente se adscribe *Rolando*. La dramaturgia de Bertolt Brecht propone un teatro donde no existen héroes, donde los personajes no tienen nombre ni realizan grandes hazañas. Es el lugar donde el poder es vencido por unos sujetos que no importa si existen y cuyo sentido de vida se pierde bajo el número de un pasaporte. Los

contra la iconografía del héroe, un villano puede convertirse al final en un héroe y viceversa, pero la heroicidad en sí misma se caracteriza por lo extraordinario. Los héroes, como sea que salgan a la luz, son personas extraordinarias. En el discurso sociohistórico, la heroicidad de un pueblo ha estado mediada por lo extraordinario de sus próceres.

En la narración de Páez se desmitifica lo extraordinario y lo ordinario se devela protagónico. Lo ordinario no puede ser “heroificado”. Rolando Galassi no puede ser un héroe, es cobarde e ingenuo. Eloisa Godín, la dueña de un prostíbulo que es la artífice intelectual de las conspiraciones más trascendentes, tampoco puede ser una heroína porque su interés es entretenerse, no salvar a nadie. En esta novela lo heroico desaparece, o intenta pasar desapercibido. *Códice del General* en cambio es una novela de reivindicación heroica que posibilita conocer el lado humano del héroe y que constituye a su vez una oportunidad para limpiar su nombre frente a calumnias, dando a conocer con profundidad su inteligencia, humanidad y predestinación para, desde sus primeros días, liderar gestas a favor de la libertad y el progreso. *Alfaro en la sombra*, la novela de Ortiz, desenmascara al héroe para mostrarlo como villano, pues el General y sus coidearios son culpables de miles de asesinatos así como de la pobreza generalizada. Los posibles héroes en este relato son antihéroes, pues han desatado una guerra civil que perjudica, como se puede esperar, a las personas que están más interesadas en progresar a partir de su trabajo, pero se ven afectadas –como la familia Echeandía– en todos los ámbitos, en especial el económico y el afectivo. El discurso histórico que se formula a partir de la ficción en esta novela no produce sino nuevas lecturas de lo que ya se ha dicho:

El discurso histórico no produce nueva información (*solo nuevas lecturas*) sobre el pasado, ya que la posesión de información tanto conocida como nueva acerca del pasado es una condición previa a la composición de dicho discurso (White, 2003: 143).

---

héroes en *Rolando*, aunque tienen nombre en la novela, en el relato oficial de la historia nacional son anónimos.



Aunque las obras analizadas no tienen intención de convertirse en relatos de una versión que se pretenda oficial sobre los acontecimientos y personajes de la Revolución liberal, es plausible que una narración ficcional sea tomada como posible. “Un discurso histórico es un tipo de metáfora extendida” (White, 2003: 152) que tiene referentes en lo real. En la novela de Páez, la conexión con lo real está en la necesidad de dejar de ver al héroe, de silenciar sus discursos vacíos, de enfocar una cara, más sucia pero más interesante, de la moneda.

En la novela de Martini, el héroe solo está al alcance de otros grandes héroes como él, Martí y Montalvo por ejemplo, y muestra más los “acontecimientos interiores” de Alfaro que las circunstancias que rodearon los hechos:

–Por aquellos tiempos alcanzaba la edad de Cristo. –Recuerda Eloy Alfaro y lo inscribe en su Códice, cuando ya el tiempo le doblaba la edad– no me he dejado guiar por acontecimientos ocasionales, ni por giros caprichosos del destino, que son el resultado de las circunstancias externas que vivimos. Similares a las cimas de estas altas montañas, que es lo primero que salta a la vista. –El General escribía con mucha precisión, lo que de él se opinaba en aquellos tiempos. (...). Aquellos acontecimientos interiores a los que no se les dan importancia (son) los que con más claridad muestran la totalidad del carácter de un individuo, pues se desarrollan orgánicamente según la naturaleza humana. Mientras que los otros, los circunstanciales, no nos pertenecen, ya que están unidos a nosotros, en forma inorgánica. Así el General juzga su travesía por la vida (Martini, 2009: 170).

La manera en la que el General juzga su propia existencia, como se lee en este pasaje y en varios otros a lo largo de la novela, está mediada por la trascendencia histórica. Él es el héroe que constituye una metáfora extendida de los anhelos liberales.

En *Alfaro en la sombra* el General es un antihéroe que se ubica tras los acontecimientos. En esa novela sí se demuestra, se explica, con certeza documental, las circunstancias que propiciaron las gestas liberales y antiliberales. Por un lado está la visión extranjera a través de una autoridad de la Marina estadounidense y por otro lado la visión de la burguesía quiteña a través de las cartas entre un padre quiteño y su hija que vive en Guayaquil. Su relectura del pasado no es nueva, ha estado siempre presente

pero es posible que, en la lucha política social –que en este caso es la lucha por la hegemonía de un discurso oficial– desde las esferas del poder haya tenido mayor difusión el discurso que reivindica a Alfaro. Los personajes de esta novela se encargan de argumentar con precisión por qué Alfaro debería ser repudiado, lo que a su vez es una reproducción de un conocimiento generalizado y compartido en espacios más bien conservadores.

Un ejemplo de esto se puede leer en la conversación entre el doctor Chica, un personaje encargado de curar a los heridos en las batallas, y el teniente O’Grady, ya hacia el final de la novela. O’Grady pide al doctor que le haga entender la situación de la iglesia católica en el nuevo Estado laico. El doctor le contesta con un pormenorizado nivel de detalle, orientado a entender por qué Alfaro terminó sus días en la forma en que lo hizo:

–Pero una revolución se hace para cambiar un orden establecido. Y la Iglesia dominaba la vida política del Ecuador ¿no?

–Sí, y finalmente, con un criterio amplio, acepto que era necesario que el Estado tomase en sus manos la prestación de la salud, la asistencia social, la educación, el registro civil, los cementerios; que se diera paso al matrimonio civil y a la educación laica. Pero se polarizaron las posiciones y Alfaro permitió atropellos y asesinatos de sacerdotes sin castigar jamás a los culpables. Se entiende que el laicismo es neutralidad, pero Alfaro primero quiso prohibir los colegios privados y, ante la protesta pública, los permitió pero sujetos a los públicos, prohibiéndoles recibir exámenes y conferir títulos de bachiller. Tal vez estaba bien renegociar el Concordato con la Santa Sede, pero él lo suprimió y se fue al otro extremo: imponer de nuevo el Patronato colonial, con el cual intentó someter la administración y nombramientos de la iglesia católica al Estado. Eso fue fuente de conflictos permanentes.

Este diálogo deja ver un intento de establecer una posición política ecuánime, que no condene ni salve al héroe que ha muerto. El uso de fuentes verificables no solamente da verosimilitud a la obra literaria, sirve también para sostener una postura política. La conversación entre Bill y el doctor Chica continúa en estos términos:

–Entonces [Alfaro], creó mucho descontento entre los católicos...

–Y, finalmente, entre todos, católicos y no católicos, porque en nombre de las libertades aherrojó todas las libertades; en nombre de los derechos, los conculcó. Suprimió la democracia, aunque la revolución se hizo en su nombre. Él mismo no subió al poder por elecciones, sino por la guerra civil. Y entronizó el fraude electoral, con el pretexto de que “no vamos a perder con papeletas lo que hemos ganado con bayonetas” (Ortiz, 2012: 302).

La conversación continúa, como señala este pasaje, con una clara propuesta de desdibujar al héroe evidenciando el costo detrás de las decisiones que implica el discurso de la libertad. Alfaro en esta novela, a diferencia de las otras dos, es descrito como un villano. Es importante resaltar que las tres novelas seleccionadas para este estudio, aunque publicadas en una misma década y pese a que se ambientan en una misma época de la historia ecuatoriana, presentan cada una un personaje Eloy Alfaro distinto. En la novela de Páez, el General es un personaje secundario, del cual se dice cuando mucho que es tonto y torpe. En el texto de Martini, el Viejo Luchador tiene voz propia; recordar su vida y transcribirla en un código permite comprender la predestinación que encarnó desde su nacimiento: pelear con honor las batallas que sean necesarias para no permitir el hundimiento del país en las fauces de la opresión. En la novela de Ortiz, por el contrario, los personajes hablan de Alfaro con un impresionante conocimiento del proceso de toma de decisiones militares y políticas. Se dice que el General fue bueno al comienzo pero se radicalizó, al punto de hacer “comprensible” el trasfondo de la tragedia del 28 de enero de 1912, aunque los personajes aclaren que hubiera sido preferible un juicio, más que con nobleza, con actitud mojigata. La iconografía del héroe es distinta en cada una de las novelas, pese a que se trata del mismo personaje histórico.

Cada uno de los escritores configura un héroe Alfaro diferente en cada una de ellas. En *Código del General*, se trata de la configuración más parecida a la iconografía de Eloy Alfaro en el discurso progresista, en la historia oficial y en toda perorata revolucionaria. En *Alfaro en la sombra* Alfaro es un antihéroe, un asesino vestido de gobernante y un preso juzgado por la multitud que no perdona ni es paciente ante el debido proceso de las instancias judiciales. En *Rolando* se trata de aniquilar al héroe no al mostrarlo como antihéroe sino dejándolo de mostrar; indudablemente su nombre es

parte de la trama, pero no es mártir ni asesino; para varios personajes se trata de un torpe allá a lo lejos, del que no es preciso hablar demasiado.

## Capítulo 4

### Memoria colectiva

#### Las huellas del pasado en oposición a los relatos del pasado

Es adecuado distinguir entre las señales del pasado y los relatos del pasado; no son lo mismo. El pasado deja su huella en una sociedad de la misma manera que la mutación genética deja su huella en una persona. Esta es una metáfora que podría ayudar a comprender cómo el pasado histórico influye en una sociedad: la genética define en alguna medida lo que una persona es en el presente, pero esa persona no necesariamente lo sabe. Muchas personas no saben que tienen genes y de eso se componen. Es solo un hecho; no se trata de un relato. De forma similar, la historia confluye en una persona de alguna manera, conozca o no su relato, y la historia constituye un determinismo de su vida presente. Pero eso no es relato; el relato del pasado es algo que se realiza siempre en el presente. Es lo que se dice a partir de hechos, de datos, que se reproducen en el ahora. El relato de una revolución que una persona abraza como suyo es la persistencia de un relato originario que leyó o escuchó, que lo hizo suyo y que lo reproduce cada vez que regresa a su memoria en el presente. Y es posible que, a sus propias espaldas, no pueda recuperarlo tal cual fue construido en un inicio, sino que lo reproduzca con cambios:

El tiempo histórico, que la mayor parte de las veces se expresa bajo la forma del relato, tanto al nivel del historiador como de la memoria colectiva, comporta una referencia constante del presente, una focalización implícita sobre el presente (Le Goff, 1191a: 180).

Es bastante posible que una persona no pueda recuperar la narración sobre un pasado tal cual como fue construida alguna primera vez porque, como señala Le Goff (y como también creemos) la memoria colectiva implica su focalización en un presente. Cuando

se elabora un relato histórico especialmente a base de documentos, existe la ilusión de volver a un *statu quo* anterior. Eso no es posible. Incluso si alguien quiere reconstruir con todo detalle hasta la última hierba de un paisaje de 1912, no sería un retorno al *statu quo* anterior que efectivamente se dio en el tiempo, porque al pasado simplemente no se vuelve. Se podría elaborar una reconstrucción posterior muy detallista y afortunada, bella quizá, pero nada más. La corriente de la historia (o del tiempo) no vuelve nunca. Y si alguien mira esa corriente, lo que hace es avanzar en la corriente de una manera particular, mirando hacia atrás. De hecho, una forma de construir futuro es hacerlo mediante el artificio de la reconstrucción posterior del pasado. Pero se trata de un artificio. El pasado en tanto relato no es sino otra trama del presente, intencionado hacia el futuro. ¿Cuál es “esa trama del presente” que aparece en la reconstrucción del pasado, en ese momento del relato en el que este aparece como ya relatado? Si alguien habla de 1912, de 1897 o de 1905, no habla de algo que fue, sino de algo que se dice con la vestimenta del “ya fue”, en coherencia con la imagen que esa sociedad busca de sí misma. Le Goff lo expresa asimilando el documento a un monumento:

El documento es monumento. Es el resultado del esfuerzo cumplido por las sociedades históricas por imponer al futuro –queriendo o no queriéndolo– aquella imagen dada de sí mismas. En definitiva, no existe un documento-verdad. Todo documento es mentira (Le Goff, 1991: 238).

La afirmación “todo documento es mentira” atenta contra la verosimilitud de muchos relatos que se sustentan en documentos. Y es que sucede que en el momento en que se relata lo ocurrido no se relata exactamente lo ocurrido: se relata la historia que se recuerda que ocurrió, que se leyó o que se ha reconstruido. Siempre se pierde algo en este ejercicio porque, en general, los objetos de la historia están perdidos. No hay nada más inerte, muerto, que una reliquia o que un detritus, esos restos que arroja la marea a la playa. Todos los recuerdos, los relicarios, los documentos son detritus arrojados por la ola del devenir. Reunimos restos y tratamos de armar algo, pero muchas veces nos encontramos únicamente con los esfuerzos de la reconstrucción. A menudo no encontramos la playa con los desechos, sino las estructuras que otros han tratado de

rearmar antes. Y luego tratamos de seguir rearmando la figura o tratamos de armarla de otra forma. Y eso es lo que se hace al rehacer la historia. Proponer una nueva historia es buscar imponer un nuevo relato, dar una nueva figura de lo que fue, aunque lo que fue sea inasible:

Quizá, toda una parte, y la más fascinante, de nuestro trabajo de historiadores, ¿no consiste propiamente en el esfuerzo continuo de hacer hablar las cosas mudas, de hacerles decir lo que solas no dicen sobre los hombres, sobre las sociedades que las han producido, y de constituir finalmente esta vasta red de solidaridad y de ayuda recíproca que suple la falta de documento escrito? (Febvre, 1953, en: Le Goff, 1991b: 231).

¿Cuál es entonces la “forma de presente” en la reconstrucción del pasado en las novelas? No nos preguntamos solamente qué pasado construyen sino qué presente dibujan según la reconstrucción que hacen de su pasado. La particular percepción del pasado por parte de la colectividad representada en *Rolando* refiere un pasado corto, de peso leve, junto con aspiraciones de futuro de la misma calidad. El presente desde el cual se narra está abierto a la innovación en cuanto que el discurso que se elabore no responda a los hitos emocionales de la historia oficial ni al cambio de unos héroes por otros. Si bien “los cementerios duran siempre más que los reinos y las revueltas que los desbancan” (Páez, 2006: 23), las pasiones de aquella colectividad de a pie que puebla callejones y burdeles son detritus de algo muy cercano que nos compone. Allí también está la base de lo que somos y ese es el pasado que quiere mirar (o construir) la novela.

Existe además el hecho amenazante de que todo relato está sujeto a la erosión de sí mismo. Todo relato es un esfuerzo por enmendar, corregir, controlar, neutralizar el peligro inminente del desgaste de un relato. Por eso las sociedades emprenden el enorme esfuerzo de mantener un canon intangible. Pero lo grave es que toda historia que quiere ser única, es una señal de que no puede serlo, de que no debe serlo. No se necesita repetir hasta la saciedad una verdad que nadie discute. No se necesita reiterar una verdad para que esta lo sea.

Le Goff asevera que un texto no expresa la superioridad de su testimonio sino el ambiente que lo ha producido. “La memoria colectiva se valoriza, se organiza en patrimonio cultural” (Le Goff, 1991b: 233) pero lo que está fuera de esa organización

patrimonial también constituye el pasado. La afasia social respecto a ciertos capítulos históricos también es una forma de narrar. La novela de Páez se inmiscuye en esa afasia, en los estantes vacíos del museo, los de delincuentes y asesinos menores y los de prostitutas inteligentes, con poder, calculadoras. La novela de Martini Robles, no. El patrimonio en esta obra está en la humanidad de un hombre que viaja en tren a su irremediable encuentro con la muerte y la profanación de su cuerpo en manos de gente ciega ante la luz del conocimiento. El relato de Ortiz Crespo insiste, incluso en una nota aclaratoria del autor, en que los sucesos descritos corresponden a lo que “verdaderamente” ocurrió en ese lapso de la historia nacional.

Hay, por lo tanto, dos versiones en el canon de la historia nacional que responden a dos intereses enfrentados: el endiosamiento y la condena del mismo personaje político. *Códice del General* y *Alfaro en la sombra* corroborarían, ambas, desde veredas opuestas, al mantenimiento del canon establecido en la historia. El presente desde el que se escribe la primera representa uno de los anhelos luministas: que cree en el progreso, en la revolución, la libertad de credo, siempre que esta libertad no atente contra los líderes o principios de la revolución. El presente desde el que implícitamente se escribe la segunda es uno en el que priman los derechos civiles y la posibilidad de un mercado sin la injerencia del gobierno. Se escribe desde un presente que aprendió (o no) sobre cómo la injerencia del gobierno en el mercado fue nefasta, sobre cómo decisiones progresistas golpean siempre a algún sector.



## La memoria en los personajes

¿Cómo organizar los restos del pasado?, ¿cuál es la órbita que sostiene en un orden determinado los recuerdos? En nuestra historia personal, la memoria se organiza en torno a hitos. Generalmente los hitos emocionales subordinan a los sociales. Un niño describe su pasado en torno a los hechos que le causaron dolor o alegría. Un adulto también, solo que a veces lo adorna con logros sociales. Con la memoria colectiva sucede algo parecido: es muy difícil eludir un capítulo de mucho dolor o de suprema alegría en la narración del pasado. Un terremoto o un campeonato mundial son hitos en la memoria colectiva alrededor de los cuales se organizan otros hechos, de forma ineludible. No pueden no contarse. En esta tesis utilizamos como categoría de análisis el hito emocional porque es inherente a toda organización del tiempo en una novela histórica. La memoria de los personajes principales de las tres novelas está igualmente ordenada en torno a hitos emocionales.

En *Rolando*, son los hechos de dolor los que definen las acciones del protagonista: el engaño y el abandono de su esposa, la muerte de su hijo en una gesta alfarista, su hija que lo abandonó. Todo ello mueve a Galassi a volver a “empuñar” las armas organizando una conspiración. Cuando, a consecuencia de ello, mafias contratadas por políticos incendian su casa, el desasosiego lo lleva a huir y, mientras intenta encontrar refugio en la montaña, violenta la choza donde vive un niño indígena con retardo mental; y así, la desesperación lo lleva a ser más ruin que sus propios enemigos.

En *Códice del General*, la memoria es la materia prima para la elaboración de la obra. Sin memoria no hay obra. Y en este caso es la memoria personal la que la constituye, ordenada cronológicamente alrededor de hitos de alegría, gloria y dolor. Dentro de los primeros están los recuerdos familiares. Quizá no existan muchos textos que hablen de Alfaro y sus relaciones afectivas familiares desde una perspectiva tan personal y pormenorizada. En cuanto a los recuerdos de gloria, se narran uno tras otro los momentos cumbre de las batallas, desde las primeras denominadas “de los montoneros”. Las discusiones con ideólogos también son parte de los recuerdos de

gloria. En cuanto a los episodios de dolor, son muchos: cada destierro, cada separación de sus seres queridos, cada traición. Los hitos que marcan giros narrativos están descritos no solamente como hechos fácticos sino emocionales; cada suceso viene acompañado de las impresiones íntimas que generó en el alma del personaje Alfaro:

Algo sosegado, Eloy Alfaro se situó en el alféizar de la ventana abierta del comedor del hotel. El General contempla el crepúsculo veraniego que va aportando una luz indirecta que cae sobre pesadas sobras ocasionadas por las colinas limeñas. Para mí, Marcos había sido como un hijo mayor. Él era el menor de mis hermanos, en quien volqué toda mi ayuda para que logre su doctorado en leyes. Debería estar escrito que hiciera un viaje tan largo para morir tan lejos. Pensaba en voz alta el General. Ya no puede evitarse, pero creo que hubiera preferido que hubiese sido mi turno. Escribía Eloy Alfaro, quien a pesar de toda su mesura no lograba silenciar su dolor (Martini, 2009: 278).

Este pasaje deja ver uno de los momentos de dolor más íntimos del General, la muerte de su hermano. La novela permite constantemente mirar, a través de la memoria, una faceta no divulgada del Viejo Luchador.

En *Alfaro en la sombra*, como su título señala, Alfaro es el trasfondo de todas las desdichas. Cada hito en la novela es consecuencia de una decisión de gobierno para enfrentar a los alfaristas. Los hitos emocionales se supeditan a los hitos sociales. Incluso la muerte del Capitán Matthewman, el 24 de enero de 1912, está relacionada con la inestabilidad del país. Los avatares del Teniente O'Grady también, puesto que su vida se vio presa de las condiciones que impuso la guerra civil. Juan, el ayudante de hotel donde se hospeda Bill disfrazado de Cárrinton, también señala que abandonó a su esposa e hijos por culpa de la mala situación económica que generó Alfaro. Y la familia Echeandía –en especial Isabel, quien está comprometida con el edecán del General Julio Andrade– se ve constante y seriamente afectada por las decisiones de Alfaro y sus antagonistas. Aquí un fragmento de una carta que Isabel escribe desde Yaguachi, cuando viaja para atender a su prometido, Ignacio Manrique:

Ante la falta del hospital, que quedó completamente calcinado, la atención a los heridos de la batalla de ayer se ha improvisado en la iglesia, la escuela y la tenencia política, donde unos pocos tienen camas y otros están en jergones en el suelo. Como murieron médicos y enfermeras, hemos tenido que venir quienes estábamos en Huigra, para atender a estos cientos de ecuatorianos, hermanos nuestros que han quedado malheridos en una guerra fratricida. Yo estoy en la escuela, que solo tiene un aula, pues aquí encontré a Ignacio.

Es verdaderamente absurdo que este desangre siga, que los Alfaro se empeñen en sembrar de muertos el país. Flavio Alfaro, que parece que luchó con denuedo pero sin mucho seso, fue herido en una pierna, pero alcanzó a huir. ¿Habrá llegado a Guayaquil? ¿Qué dirán ahora Eloy Alfaro y Montero? (Ortiz, 2012: 129).

Esta carta muestra una visión totalmente contrapuesta a la de *Códice del General*. Si en el apartado anterior se pudo ver a un Alfaro dolido por la muerte de su hermano y condolido con la patria, en esta pasaje Isabel Echeandía describe las consecuencias de la guerra civil “desde dentro”, cuando ella viaja a Huigra después de una batalla, para ayudar a su novio.

Vemos entonces que los recuerdos también se pueden sostener en la órbita de la imposición de una verdad sobre otra. En el caso de *Códice del General* y *Alfaro en la sombra* hay un patente interés por esclarecer, en la primera, la profunda espiritualidad de Alfaro; en la segunda, el rechazo que generó su odio a los católicos. En la novela de Martini, se habla así respecto a las prácticas de espiritismo y ocultismo en el General:

Eran tiempos en que Eloy Alfaro recurría al espiritismo como un recurso vital para arraigar la acción humana en suelo firme o tal vez una estrategia mental esencial, para eludir la angustia de un mundo inhóspito, al que se encontraba sometido en su forzoso destierro –la nigromancia, lejos de constituir algo extraño o anormal como tan frecuentemente se lo piensa, está de hecho íntimamente enlazada con nuestros modos fundamentales de pensar, sentir y en general de responder a nuestro ambiente. Anota el General al margen del folio: son tiempos decimonónicos, en los que transcurre la algarada y era muy habitual los actos de ocultismo, que estaban muy ligados a las creencias locales.

Sus enemigos dentro del Ecuador, lo acusaban de haber caído en el desvarío ya que el General participaba en extraños rituales. Propalando dichos rumores por todo el país varios intelectuales de línea conservadora, en un juego diabólico, cambian al personaje original por otro fabricado en sus mentes retorcidas de intereses. Dedicándole a Eloy Alfaro una campaña de linchamiento moral (Martini, 2009: 255-256).

Queda clara la reivindicación que se anhela en la novela de Martini. No solo se devela bueno el ocultismo, los seres diabólicos son los conservadores que tratan de difamar al Viejo Luchador. El narrador se toma la molestia no solo de explicar qué son las ciencias ocultas y por qué no se trata de algo malo sino que también permite a Alfaro anotar, al margen de la hoja, una justificación que raya en el exceso: “Era una práctica común en los tiempos decimonónicos”. Estos recuerdos se ordenan de acuerdo con un propósito de “limpieza” de reputación.

La novela de Ortiz, por su parte, podría contradecir directamente el párrafo citado, cuando en una conversación dos personajes, el doctor Chica y el teniente O’Grady, hablan de la masonería y Alfaro:

-He oído que los extremos contra el catolicismo provenían de una militancia masónica de Alfaro, pero no me lo explico...

-Sí. Alfaro era masón. En agosto de 1864, a los 22 años, se inscribió en la Logia Rosa de América Número 36 de Guayaquil. También integró la Logia Simbólica Filantrópica del Guayas. Fue ascendiendo en la secta y en el medio internacional masónico fue conocido como “Hermano Caballero Kadosh”, grado 30. Llegó al grado 33 de la masonería, el más alto de la Orden, siendo reconocido como “Ilustre y Poderoso Hermano”.

-Pero la masonería en Estados Unidos es una sociedad de ayuda mutua, bastante inocua. Tienen normas de conducta estricta.

-No sé cómo sea en su país. En cuanto a la conducta, Alfaro era intachable: no fumaba, no bebía, no era libertino. Fue un buen hijo, un buen esposo y un buen padre... Pero fue implacable como jefe militar, ordenó fusilamientos, mutilaciones, torturas; y ya de gobernante permitió que sus ministros y soldados cometieran todos los excesos. Y

en cuanto a la masonería, en América Latina y sé que también en Europa, es una sociedad militante contra la Iglesia Católica. Su afán es destruirla, y Alfaro se empeñó en ello (Ortiz, 2012: 302-303).

Los pasajes que aluden a las prácticas religiosas de Alfaro en *Códice del General* y en *Alfaro en la sombra* podrían ser parte de una misma novela: de un lado, el discurso que defiende a Alfaro de las acusaciones de ocultista, esotérico, diabólico. De otro lado, el discurso que lo acusa de querer aniquilar la institución católica, y con ello, personas. Estos son hitos emocionales que esconden el deseo de una imposición de legitimación religiosa y también organizan la memoria en las novelas de Martini y Ortiz.

La memoria de los personajes en las novelas históricas seleccionadas se encuentra ordenada en torno a los hitos afectivos en sus vidas. Pero también hay un orden de la memoria que responde a una suerte de ajuste de cuentas: *Rolando* muestra una clase social que estaba oculta; *Códice del General* devela los pensamientos íntimos del personaje Alfaro y de alguna manera convierte la novela en un medio para “perdonar” los errores humanos e históricos cometidos en su contra; *Alfaro en la sombra* explica a fondo los acontecimientos que desembocaron en la tragedia del 28 de enero de 1912 demostrando un manejo excepcional de fuentes, que llevarían a comprender y también a “perdonar” a la sociedad ecuatoriana por la tragedia perpetrada.

## Capítulo 5

### Pese a todo, destino

Sucede también que la reiteración de determinados episodios del pasado refleja, en ocasiones, conflictos no resueltos. Por ejemplo, si una persona cuando cuenta su vida organiza su narración en torno a reiterados capítulos de muerte, posiblemente esa persona tenga conflictos no resueltos con la muerte. Cuando una colectividad alude constantemente a sus caudillos, posiblemente tiene un conflicto no resuelto con la autoridad. A grandes rasgos, todo gobernante llamado caudillo fue antes necesitado, buscado y aclamado. Pero todos recuerdan únicamente cómo se libraron de él, no cuánto lo anhelaron.

La sociedad que se muestra en las tres novelas es una colectividad obsesionada con la autoridad, con el símbolo del padre. Todos los personajes en las tres novelas, incluso el más ínfimo de los mendigos en *Rolando*, conocen a Eloy Alfaro. La mayoría quiere librarse de él. El tema principal de conversación es el gobernante, en especial, ese único gobernante que es tratado a veces como rey, a veces como tonto y torpe, otras como salvador, después como tirano y hasta como un cristo. La colectividad que se refleja en las novelas aparentemente no ha internalizado la autoridad; se trata, por decirlo de alguna manera, de una sociedad preedípica, que no se gobierna por sí misma sino mediante la autoridad del padre.

La historia es una consecuencia no anticipada de propósitos variados, pero que en su confluencia tienen coherencia. Los relatos de ficción histórica seleccionados aunque parezcan un conjunto de sucesos aleatorios, no lo son. Los relatos tienen coherencia y las vidas de sus personajes, sentido. Las acciones, reacciones y omisiones de los personajes guardan coherencia en el conjunto de las historias, y ello se debe a que el lugar desde donde se narra tiene siempre un sentido teleológico: la historia tiene una dirección, va hacia alguna parte, no es un conjunto aleatorio sino un cambio orientado hacia un destino. Y cuando hablamos de destino nos referimos a lo opuesto al azar. El destino no solamente que existe sino que tiene sentido, es necesario, no se trata de un desenlace casual. Martin Heidegger (ed. 2009) señalaba que el ser humano es un ser

*destinado* a la muerte, no hay escapatoria ni es algo que pueda otorgarse al azar: es un determinismo, no algo casual. El destino, ligado estrechamente con el relato histórico, es algo que tiene que ser, que forma parte de las cosas.

En *Rolando* los personajes tienen un destino, es evidente, aunque sus hazañas sean aparentemente simplezas (como la manipulación social de la dueña del prostíbulo, Eloise Godín). Es evidente también que la narración en esta novela propone un cambio de orientación en la historia, pero este cambio es un proceso necesario, inscrito en el orden mismo de la historia. Los personajes se dirigen, independientemente de las cavilaciones humanas, hacia su nimio destino. En principio, se creen dueños de su futuro, dueños del mañana de un país. Esa es la ilusión de quien quiere formar parte de la historia. Pero lo que el narrador sabe es que el destino aparece como una sorpresa, como una revelación a la humanidad. Es una consecuencia no anticipada, pero que ha estado siempre inscrita. Y lo reconoce al final del relato:

Camilo Deor y Villegas, en su desmesurado amor por los grandes hechos de la Historia –esos que hacen pensar a los humanos que su devenir algún sentido tiene–, deseaba terminar la novela con el protagonista envuelto en el asesinato de Eloy Alfaro, quien moriría a manos de una turba enloquecida por el odio. Yo, al escribir esta historia, vi como Rolando Galassi y Pareja recorría su destino, y sentí que se encontraba con él en esa noche, ante el Penal García Moreno, en el ciego asesinato de un torpe segundón de la última revuelta alfarista; termino pues así este primer libro o crónica del *Breve reino* (Páez, 2006: 125).

El destino tiene el rigor de la necesidad y el asombro de la sorpresa. No se puede huir de él y eso es lo que hace que, cuando se lea en retrospectiva, todo caiga en su lugar. De hecho desde el comienzo de esta novela ya se había insinuado la posibilidad del destino:

(...) sería una novela doble: a su inventor le importaba la Historia de la humanidad y sus sin sentidos; y a mí, viejo y fracasado, lo que me conmueve es el miserable y desalentado destino de cada ser humano. Tal vez las dos, la Historia y nuestras historias no sean cosas distintas, y hasta es posible que al final de ambas alumbre alguna esperanza (Páez, 2006: 15).

No solo que hay un destino sino que el destino es irremediamente miserable y desalentador. Y ello es coherente con la visión de futuro que los personajes de *Rolando* tienen, tan diferente a la de las otras novelas en el sentido de que la posibilidad de esperanza es mínima.

*Códice del General*, como ya se ha mencionado, es una novela que se escribe durante el viaje hacia el encuentro irremediable con el destino. Alfaro viaja en tren para ser asesinado y profanado. Pero además de este destino final, cada anécdota se alimenta de indicios relacionados con el destino. Por ejemplo, cuando el General conoce a Leonidas Plaza siendo aún soldado, la narración de este hecho sugiere que Alfaro cayó en la ingenuidad de confiar en el traidor debido a su alma honorable. Así se refiere Alfaro a Plaza cuando recuerda cómo conoció a quien en el momento presente lo ha traicionado y lo ha enviado al panóptico de Quito sin las seguridades que el Presidente encargado, Carlos Freile, le ha dado:

A pesar de su juventud me pareció uno de esos hombres fríos que incluso cuando sonrían, sus ojos no cesan de arrojar oscuridad, él me manifestó ser oriundo de Charapotó. Cómo te llamas, le inquirí. –“Soldado Leonidas Plaza Gutiérrez” Coronel– me respondió Placita. –Así evoca el General en su Códice, como si fuese hoy, aquella encrucijada de la Historia en que se habían fundido sus destinos. –Bien Placita. Sepa usted, que la palabra soldado, es garantía de sinceridad y de altruismo. ¡Vamos donde el comandante Franco! – Ordenó seguidamente Eloy Alfaro. Quien mantenía la convicción de creer, en quienes hubiesen sufrido la prueba de fuego en los campos de batalla (Martini, 2009: 219).

Los defectos del personaje Eloy Alfaro en *Códice del General* se reducen a virtudes: sus defectos fueron confiar en la gente, en un soldado de batalla como Leonidas Plaza; tener más coraje que su maestro en Lima, el expresidente José María Urbina; y al final de los días según la obra, en forma resumida, ser revolucionario.

En *Alfaro en la sombra*, el destino es una consecuencia de la que nadie puede escapar. “Quien a hierro mata a hierro muere” parecería ser el refrán que inspira los comentarios noticiosos que se transcriben en la novela. Quienes los comentan, se



sorprenden de la crudeza de los mismos, pero asumen que no había otro camino que el destino final de Eloy Alfaro y los suyos el 28 de enero de 1912, pues aunque lo adecuado hubiera sido un juzgamiento institucional, ningún gobierno hubiera estado en la capacidad de ampararlo. Para el 25 de febrero de ese año, Isabel Echeandía escribe a su padre sobre una publicación en el medio *El Globo*:

(...) Valverde escribe lo siguiente: “Las muchedumbres de Quito y Guayaquil hicieron bien cuando dieron muerte a Eloy Alfaro, Flavio Alfaro y Pedro Montero, como hace bien el campesino que mata a una serpiente y hace bien el gendarme que mata a un can rabioso. Alfaro fue jefe de una gavilla de ladrones: si el pueblo de Quito lo mata el 11 de agosto se hubiera ahorrado la sangre de Huigra, Naranjito y Yaguachi. Era necesario matarlo y el pueblo lo mató, porque el Gobierno legalmente no podía hacerlo tomando en cuenta que la Constitución prohibía la pena de muerte. Gran virtud es matar a los tiranos, porque la muerte de un tirano es la vida y felicidad de muchos hombres”.

¡Qué tremendo, papacito, alabar el asesinato!... Como que a Alfaro y sus compinches les hubiera estado negado el recurso a la ley, que es lo único que cabía en su caso, aunque bien sé que si se quedaban en Guayaquil les hubieran matado, al igual que les hubieran matado en Alausí y Latacunga si el tren demoraba más en esas estaciones (Ortiz, 2012: 273-274).

En ocasiones, esta novela da la impresión de ser un instrumento de expiación social. Como se ha mencionado, en esta novela se habla de Alfaro como un mercenario en muchos pasajes. Pero al “festín” de su muerte no acude únicamente el populacho. Personajes como Miguel Echeandía se acercan a la turba bárbara por curiosidad para presenciar el hecho. Esta clase social que representa Miguel no es bárbara, pertenece al sector “civilizado” según sus palabras. Y este sector, que no puede hacer otra cosa que condenar la justicia impartida por el pueblo a los liberales, es también el sector que, al comprender los pormenores de los hechos, justifica históricamente lo sucedido:

Hoy he comprobado que cuando les mueve el odio y la venganza, los seres humanos son capaces de hacer las cosas más terribles, peor cuando no hay límites puestos por la civilización, el orden o el Estado.

A todos quienes creemos en la dignidad del ser humano y en el respeto a su vida, nos indigna que cualquier persona termine sus días así, ¡cuánto más el general Eloy Alfaro, que fue presidente de Ecuador en dos oportunidades y que realizó una revolución que transformó Ecuador! ¿Qué tuvo equivocaciones? Sí, las tuvo. ¿Qué cometió excesos? Sí y muchos. ¿Qué él y sus partidarios fueron culpables del reguero de sangre que tiñó a Ecuador en las últimas semanas? Sí, lo fueron. Pero lo que debía hacerse con ellos era enjuiciarlos y, si se comprobaban sus crímenes, condenarlos, pero no actuar como una horda de salvajes, que es lo que ha sucedido hoy (Ortiz, 2012: 234).

Esta narración parecería buscar convertirse en un mecanismo de “disculpa” o “limpieza” moral y catarsis social de una clase que debe condenar la hoguera bárbara que el populacho ha llevado a cabo. Pero, aunque se intente cambiar el destino de un hombre, ello no es posible. Y en esto *Alfaro en la sombra* coincide con las demás novelas: las historias que se narran generan consecuencias no anticipadas de propósitos variados que, en su confluencia, guardan coherencia en un sentido teleológico de destino. Los personajes no pueden cambiar su destino; están condenados a vivirlo.

La narrativa histórica no es solamente recopilación de documentos y creatividad. Hay muchos factores en juego en el momento de otorgar un sentido teleológico, una finalidad, al universo literario creado. La novela histórica ecuatoriana escrita entre 2006 y 2012 ambientada en la Revolución liberal es política, como debe esperarse, pero responde también a una coyuntura, y es que en la segunda década de los años 2000, la figura de Alfaro tomó especial protagonismo en la publicidad del discurso oficial patriótico. Este dato es importante para comprender por qué en un período tan corto de tiempo resurgen varias novelas sobre un mismo personaje, pero no es determinante para el análisis literario de sus contenidos o de la manera en la que están narradas.

Eloy Alfaro, como personaje en las novelas de estudio seleccionadas, no presenta ambigüedad. Es un marrano en *Rolando*; un líder visionario en *Código del General*; un mercenario en *Alfaro en la sombra*. Los personajes guardan una relación emocional con él, sea de odio, admiración o temor; los narradores lo hacen a un lado, lo glorifican o lo sancionan. Finalmente parecería que los escritores no se sienten dioses ante este personaje: son jueces, policías, abogados, enemigos o víctimas de él, pero no

dioses porque al no jugar con él no le dan suficiente vida: aunque solo en *Código del General Alfaro* sea protagonista, en las tres novelas este personaje no sufre cambio alguno en su estructura o forma de ser. De igual manera, en las tres novelas las sociedades retratadas están pendientes de él: lo odian, admiran, rechazan o aclaman. La mirada se fija en la autoridad dejando ver que una característica común en ellas es el conflicto manifiesto con la autoridad. Una posible hipótesis para futuros trabajos es que el conflicto con la autoridad, a nivel psicológico, podría denotar un conflicto con la figura del padre, no solo en el ámbito histórico-político sino en el momento mismo de la creación literaria, puesto que un personaje no debería ceñirse a una doxa histórica sino al puro arbitrio de un dios del universo literario.

Esta tesis de investigación indagó los posibles sentidos que hoy se atribuyen al pasado a partir de un estudio comparado de tres novelas históricas ecuatorianas, publicadas entre 2006 y 2012, cuya narración versa en torno al Ecuador en épocas de la Revolución liberal (5 de junio de 1895) y alrededor del personaje Eloy Alfaro (25 de junio de 1842 - 28 de enero de 1912), uno de los principales líderes de esta gesta.

Para abordar las narraciones seleccionadas, se seleccionó tres parámetros: tiempo, discurso y memoria. Sobre el tiempo, se estudió la reelaboración del pasado colectivo a través de la visión que tienen las sociedades retratadas en las obras acerca del pasado, presente y futuro que anhelan. También se analizó la periodización histórica que establece cada novela y si en esta selección se propone o no alguna innovación en la reescritura del pasado. Alrededor del discurso histórico en literatura, se optó por analizar las novelas en virtud de una clave doxa o heterodoxa en relación con la historia oficial o escolar, así como el establecimiento de la figura del héroe y sus variantes. En torno a la configuración de la memoria colectiva, se estudiaron los hitos de índole afectiva que configuran los relatos del pasado, la memoria en los personajes y su consecuente, teleológico, destino.

El propósito de esta tesis fue dar cuenta, a partir de estos parámetros de estudio, de las características en cuanto a reorganización histórica y memoria colectiva en las novelas seleccionadas. En *Rolando*, la particularidad principal en este sentido es la recuperación de lo marginal y cotidiano como el canal donde transcurre el poder. De forma implícita, en esta novela existe una confrontación política entre el lugar desde donde se narra la historia oficial y el lugar donde verdaderamente los acontecimientos

sucedan: la calle, sus callejones y los prostíbulos. En *Códice del General*, el rasgo distintivo es que la figura del héroe no se contrapone con la que promueve el discurso oficial. Se muestra su lado humano, sin por ello dejar de configurar con su nombre un monumento que encarna nada más, y nada menos, que la lucha liberal en América. A *Alfaro en la sombra* lo que la caracteriza especialmente es el intento de destrucción del héroe no desde la ideología sino desde la pragmática burguesa: la crítica a Alfaro no proviene del conservadurismo o del rechazo a las ideas liberales, proviene del desdén de la clase media hacia el daño que provoca la política en la vida cotidiana.

Cuando Jacques Le Goff reflexiona sobre la conciencia sociohistórica, se refiere al problema de la periodización en torno a los acontecimientos que por costumbre se han vuelto relevantes para una comunidad. La literatura histórica no requiere supeditarse a las costumbres de la periodización, no necesita establecer períodos de acuerdo con los establecidos por el “mundo exterior” a la obra. Precisamente el arte de la literatura está en la creación de un universo cuyas reglas están libremente a disposición del autor. De igual manera, la narrativa de carácter histórico tampoco requiere que el autor demuestre que los datos en los que sustenta sus afirmaciones sean verificables. Es él quien define qué acontecimientos son gestas heroicas, qué acontecimientos no merecen serlo. Es él quien escoge los parámetros cronológicos de su obra. Este estudio permitió comprender que, para un narrador, un acontecimiento puede ser tanto una batalla conocida o trascendente en la historia de un pueblo, como un pájaro que atraviesa el atardecer. La literatura no se supedita al ordenamiento histórico, puede tomarlo para establecer sobre el mismo un universo nuevo.

En cuanto a la organización de la memoria colectiva, resultó importante distinguir las huellas del pasado en oposición a los relatos del pasado. Un texto no expresa la superioridad de su testimonio sino el ambiente que lo ha producido: “La memoria colectiva se valoriza, se organiza en patrimonio cultural” (Le Goff, 1991b: 233), y lo que está fuera de esa organización patrimonial también es constituyente del pasado; la afasia social respecto a ciertos capítulos históricos también es una forma de narrar. La novela de Páez se inmiscuye en esa afasia, en los estantes vacíos del museo, los de delincuentes y asesinos menores y los de prostitutas calculadoras con poder. La novela de Martini Robles, no. El patrimonio en esta obra está en la humanidad de un hombre que viaja en tren a su irremediable encuentro con la muerte y la profanación de

su cuerpo en manos de gente ciega ante la luz del conocimiento. El relato de Ortiz Crespo insiste, incluso en una nota aclaratoria del autor, en que los sucesos descritos corresponden a lo que “verdaderamente” ocurrió en ese lapso de la historia nacional. Hay dos versiones en el canon de la historia nacional que responden a dos intereses enfrentados: el endiosamiento y la condena del mismo personaje político. Por lo tanto, *Códice del General* y *Alfaro en la sombra* corroboran, ambas, desde veredas opuestas, el mantenimiento del canon establecido por la historia nacional.

Este estudio posibilita concluir que escribir novela histórica es mucho más que demostrar manejo de fuentes o conocimiento de la historia, aunque ese conocimiento profundo es imprescindible. Es difícil, pero el escritor debe enfrentarse a jamás dejar de lado lo que un día Sábato señaló: “Los seres reales son libres. Si los personajes de una novela no son también libres, son falsos; y la novela se convierte en un simulacro sin valor” (Sábato, 1988: 190). La razón sola no es buena compañera para la creación:

No se escribe un poema o una novela con la cabeza: se escribe con todo el cuerpo y con toda el alma, como en los sueños. Además, lo razonable es lo normal: ¿y qué tiene que ver el arte con la normalidad? Todos los grandes creadores y aun los creadores a secas son anormales y neurópatas. La creación es mágica, imaginativa, irracional. Lo que la razón realiza luego es un trabajo de limpieza, semejante al del minero que separa el mineral valioso de la ganga, pero cuidando de no dañarlo, siguiendo modestamente sus límites. Creer que la razón crea la materia artística es tan absurdo como imaginar que el minero produce el mineral con sus martillos y zarandas. La razón impone arquitecturas y proporciones. La razón cuida el lenguaje: un contenido oscuro y misterioso no tiene por qué expresarse en un lenguaje oscuro y misterioso. A la inversa, debe ser tanto más preciso y neto cuanto más tumultuosa e indefinida es la materia que se ha de expresar. Lo impreciso requiere, paradójicamente, una minuciosa precisión del lenguaje. Basta pensar en Proust (Sábato, 1988: 191).

Escribir con el cuerpo y con el alma señala Sábato, porque de esa manera el escritor se vuelve dios de su universo literario. La razón histórica, propia de una novela que pretende retratar un determinado período, debe estar supeditada también, en todo momento, a la libertad creadora. Se espera, con optimismo imperdonable, que el estudio

realizado resulte útil para quienes estén interesados en la escritura de literatura histórica, sobre todo ecuatoriana, y para quienes quieran explorar nuevas vías de análisis a partir de lo aquí analizado.

## Bibliografía

- Ayala Mora, Enrique. 1994. *Historia de la Revolución liberal ecuatoriana*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Bourdieu, Pierre y Terry Eagleton. 1991. “Doxa y vida cotidiana: una entrevista”. En Slavoj Žižek, comp. [1994] (2005). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, Pierre. 2001. *El campo político*. La Paz: Plural Editores.
- Burbano de Lara, Felipe. 2015. “Todo por la patria. Refundación y retorno del Estado en las revoluciones bolivarianas”. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* 52: 19-41. Quito: FLACSO Ecuador, mayo. Acceso en noviembre de 2015.  
DOI: <http://dx.doi.org/10.17141/iconos.52.2015.1670>
- Diccionario de la lengua española y Diccionario panhispánico de dudas*. Acceso permanente. Portal electrónico [www.rae.es](http://www.rae.es)
- Freile, Carlos. 2008. *Cartas y lecturas de Eugenio Espejo*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Heidegger, Martin. 2009. *Tiempo e historia*. Madrid: Trotta.
- Hobsbawm, Eric. 2002. *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- Le Goff, Jacques. 1989. “Comment écrire une biographie historique aujourd’hui?” *Le Débat* (54): 48-53. París: Gallimard.
- \_\_\_\_\_. 1991a. “Pasado/presente”. *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós.

\_\_\_\_\_. 1991b. "Documento/monumento". *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós.

Lévinas, Emmanuel. 1994. *Dios, la muerte y el tiempo*. Madrid: Cátedra.

Martini Robles, Gino. 2009. *Códice del General*. Jerusalén: Estrella de David.

Ortiz Crespo, Gonzalo. 2012. *Alfaro en la sombra*. Quito: Paradiso Editores.

Páez Gallegos, Santiago. 2006. *Crónicas del breve reino*. Quito: Paradiso Editores.

Paz y Miño, Juan. 2012. "Tres periódicos de la época azuzaron muerte de Alfaro no solo en una editorial sino todo el mes de enero de 1912". *Ecuador inmediato*, nota de prensa del 24 de enero. Acceso en mayo de 2015.

URL:[www.ecuadorinmediato.com/Noticias/news\\_user\\_view/juan\\_paz\\_y\\_mino\\_3\\_periodicos\\_de\\_la\\_epoca\\_azuzaron\\_muerte\\_de\\_alfaro\\_no\\_solo\\_en\\_un\\_editorial\\_sino\\_todo\\_el\\_mes\\_de\\_enero\\_de\\_1912\\_audio--165821](http://www.ecuadorinmediato.com/Noticias/news_user_view/juan_paz_y_mino_3_periodicos_de_la_epoca_azuzaron_muerte_de_alfaro_no_solo_en_un_editorial_sino_todo_el_mes_de_enero_de_1912_audio--165821)

Sábato, Ernesto. [1953] 1988. "Heterodoxia". *Hombres y engranajes. Heterodoxia*. Madrid: Alianza Editorial.

S/a. 2012. *Los últimos días de Alfaro. Documentos para el debate*. Quito: Grupo El Comercio, cuaderno 1. Acceso en marzo de 2015.

URL:[http://especiales.elcomercio.com/2012/01/eloy\\_alfaro/docs/Los\\_ultimos\\_dias\\_de\\_Alfaro\\_documentos\\_para\\_debate.pdf](http://especiales.elcomercio.com/2012/01/eloy_alfaro/docs/Los_ultimos_dias_de_Alfaro_documentos_para_debate.pdf)

White, Hayden. 1987. *The content of the form: narrative discourse and historical representation*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

\_\_\_\_\_. 2003. "Teoría literaria y escrito histórico". *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós.